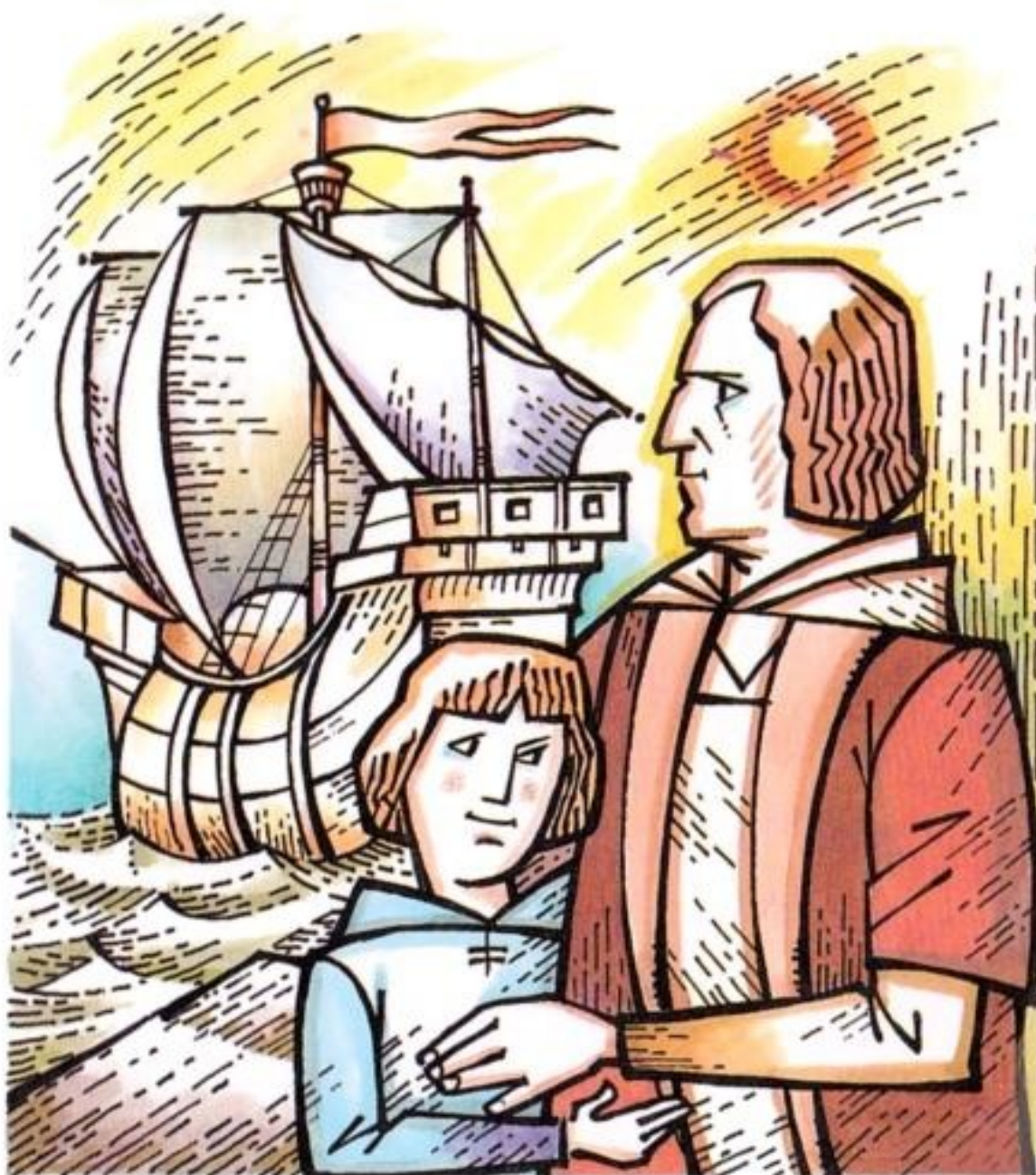


*ala delta*

Felicitas  
CORBELLÀ

# **MI PADRE DON CRISTÓBAL COLÓN**



Lectulandia

No es fácil ser hijo de un gran personaje. La infancia de Diego Colón fue un continuo caminar de un lugar a otro siguiendo los pasos de su padre. Este libro —redactado en forma de memorias—, nos permite observar de cerca a Cristóbal Colón y compartir sus ilusiones y sus fracasos.

Felicitas Corbella —socióloga de profesión—, traza en este libro un excelente retrato de la sociedad española de la época.

Felicitas Corbella

# **Mi padre, don Cristóbal Colón**

**Ala Delta: Serie Verde - 071**

**ePub r1.0**

**Titivillus 10.10.2021**

Título original: *Mi padre, don Cristóbal Colón*

Felicitas Corbella, 1989

Ilustraciones: Adán Ferrer

Diseño de cubierta: José Antonio Velasco

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1





Cristóbal Colón fue una figura enigmática y contradictoria. Es mucho lo que se ignora sobre él, o lo que pertenece al campo de la conjetura. Este libro no pretende tomar partido. Se basa en la historia, pero la trata con la libertad propia de una obra de ficción.

## Índice de contenido

Cubierta

Mi padre, don Cristóbal Colón

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV



## I

**E**L fuerte campanillazo sobresaltó al joven paje que, medio adormilado, hacía guardia en la antecámara del gobernador de La Española, don Diego Colón.

—Por vida de... —murmuró el muchacho—. Sin duda que don Diego pedirá luces. Si la noche se ha echado encima sin sentir...

Y corrió en busca de un candil, con el que penetró poco después en la cámara de su señor.

Hallábase éste sentado en sillón frailuno, tras la gran mesa de roble bien provista de folios y recado de escribir.

Pero la voz del gobernador no era severa al interpelar al descuidado paje.

—Coloca la luz aquí, en este rincón, muchacho. Hoy no pienso escribir más, pero tampoco es bueno cavilar en la oscuridad, ¿no crees?

—Si ya lleváis toda la tarde en ello...

—Forzoso es que acabe mi labor antes de partir para España.

—¿Es que os vais por mucho tiempo? —se atrevió a preguntar el joven, apenado, pues, como la mayoría de los colonos de la isla, apreciaba a su gobernador, gran caballero y temeroso de Dios.

—Quién lo sabe, hijo... Mi intención es volver pronto, pues aquí quedarán mi esposa, doña María, y mis hijos. Escucha, muchacho: la envidia es cosa mala, y allí, en España, amenaza con cubrir de lodo la memoria de mi padre, el almirante, y salpicar nuestro honroso linaje —el de mi hermano Fernando y el mío—. Y ahora, dime... ¿Cuál es tu nombre?

—Nuño Vázquez, señor...

—Bien, Nuño; ¿no estarías tú siempre dispuesto a defender el honor de tu padre?

—Sí, señor, hasta con la espada si fuera necesario.

—Así debe ser, Nuño. Yo ya no puedo hacer uso de la espada, pero sí de la pluma. Fíjate: en todos estos papeles van mis recuerdos. Desde niño acompañé a mi padre en su duro peregrinar en busca del apoyo necesario para realizar su empresa: la búsqueda de la nueva ruta de las Indias. Más de treinta

años han transcurrido desde entonces, y hoy muchas naves se atreven a llegar hasta aquí, hasta nuestra isla, y aun a explorar puntos más lejanos. También sabemos que existen otras muchas tierras, quizá las que soñó mi padre. Ahora os tocará a vosotros, los jóvenes, descubrirlas y ganarlas para España.

—Dios lo quiera, señor. —El muchacho se irguió con orgullo.

—Sí —continuó don Diego—. Si mi padre descubrió islas, vosotros podéis conquistar imperios, pero sin olvidar jamás aquellas tres carabelas que en su día se lanzaron a cruzar el mar tenebroso sin saber lo que iban a encontrar. Y ahora puedes retirarte, hijo.

—¿No manda nada más vuestra merced? Quizá que entorne las contraventanas... Las noches suelen ser algo frescas.

—No, gracias. Me gusta oír desde aquí el rumor de las olas en la playa cercana, los gritos de las aves nocturnas y el revoloteo de las grandes mariposas que pronto acudirán, atraídas por la luz de este candil. Me gustan las noches de esta tierra, también sus cálidos días, y me sabe mal el dejarla. Ahora, Nuño, vete en paz.

Salió el paje, emocionado, dejando al gobernador sumido en sus recuerdos. Zumbantes insectos giraron alrededor de la luz encendida y se posaron, tras su danza, sobre uno de los folios esparcidos sobre la mesa, donde la letra clara y firme de don Diego había trazado la palabra «Lisboa».

## II

VIVÍAMOS en una casita de la Alfama, el barrio marinero de Lisboa, con sus callejas retorcidas y empinadas, que conducían casi todas al gran puerto bullanguero y lleno de color. Cuántas veces, de la mano de mi madre, me paseé por los muelles entre jarcias, bultos y maromas, en espera de que alguien nos diera noticias de mi padre o esperanzas de su regreso.

Mi madre, Felipa Moñiz, era alta y de buena figura, de ojos grandes y tristes, muy recatada y hacendosa. En vida de la abuelita la recuerdo más contenta y animada. Quería mucho a su madre, y ambas se pasaban tardes enteras, junto a la reja del estrado, haciendo primorosas labores, mientras yo me entretenía jugando con taquitos de madera, que simulaban los barcos que había visto en el puerto.

A la abuelita le gustaba relatar historias —que yo escuchaba embelesado—, pues el abuelo había navegado mucho antes de ser gobernador de la isla de Porto Santo, en el archipiélago de Madeira, donde mi madre había pasado su juventud.

Más tarde, mi madre volvería a aquellas islas con mi padre, pues querían vender ciertas propiedades que habían sido del abuelo. Y allí fue donde yo nací, aunque me trajeron de muy pequeño a Lisboa.

A veces nos visitaban tío Bartolomé y tío Diego, los hermanos de mi padre. Yo prefería a tío Bartolomé, alto y fornido como él, aunque de carácter mucho más abierto y alegre. Cuántas veces me subió, montado sobre sus hombros, hasta el propio castillo de San Jorge, situado sobre una de las colinas que rodean Lisboa, y desde el cual se divisaba el estuario, donde anclaban las naves de medio mundo.

—Tú serás marino como todos nosotros y como lo fue tu abuelo —solía decirme—. Pero no le cuentes a tu madre que te he dicho esto: no me lo perdonaría. Si la vida del marino es hermosa y libre, dura es la de su esposa.

—Quiero ir a Porto Santo —repetía yo machaconamente.

—Irás, muchacho, y a otras islas mayores y más bonitas, como la de Inglaterra, donde reina el rey Enrique; y la de San Brandán; y la aún más

lejana de Thule, cubierta de hielos durante gran parte del año.

—¿Y mi padre ha estado en todas?

—En unas sí y en otras no. Pero a él le gustaría descubrir tierras nuevas, y para eso hace falta mucho dinero, que ni él ni yo tenemos.

Poco después de morir la abuelita, mi padre regresó de uno de sus viajes. Al verle entrar por la puerta —alto, corpulento, la tez tostada y el cabello algo cano—, me pareció ver a un rey en persona.

Mi madre dio un grito y se arrojó en sus brazos.

Más tarde, ya sentado ante un humeante plato de sopa, contó mi padre algunas cosas de su última travesía. Había estado en la Guinea —tierra cuyos habitantes son negros— y de ella había traído marfil y esclavos en abundancia. Hasta hacía bien poco ninguna nave se atrevía a llegar hasta allí, pues temían que el calor fuera tan grande que las tripulaciones murieran abrasadas. Ahora ya se sabía que no era así, y que, aunque el viaje no era fácil, no existían tales peligros.

A mi padre se le veía de buen humor, y a los postres sacó una escarcela con sus buenos doblones, que dejó sobre la mesa.

—Toma, mujer, compra lo necesario para unos días. Ahora tardaré en embarcarme de nuevo.

—¿De veras? —inquirió mi madre ansiosa.

—Tal como te lo digo. Tengo otros proyectos importantes.

Y así fue: ya no se embarcó más. Claro que tampoco paraba mucho en casa, pues se le pasaban los días deambulando por la ciudad y visitando a mucha gente, y se le veía ansioso de reunir datos y noticias.

También venían visitas a casa; gente de mar y caballeros, envueltos éstos en sus amplias capas, los dedos con sortijas. Debían de ser gente muy principal, pues mi padre les recibía con muchísimo respeto.

Solía él, entonces, extender sobre una mesa cartas de marear que sacaba de un arcón, y todos aquellos personajes se pasaban horas y horas discutiendo sobre ellas. Recuerdo a cierto caballero que un día le trajo una carta de un tal Toscanelli, la cual mi padre no se hartaba de leer en voz alta, tanto si estaba solo como si no.

Decía algo así: «Como del breve camino que hay de aquí a las Indias y a Catay».

—¿Las Indias y Catay son también islas, padre? —me atreví a preguntarle un día.

Mi padre se rió al oírlo, y sentándome sobre sus rodillas guió mis dedos sobre una serie de líneas y dibujos de unas cartas extendidas.

—Mira, hijo: aquí está Lisboa, donde vivimos. Si cogiéramos un barco y navegáramos en esta dirección, llegaríamos hasta las tierras del preste Juan, que fue un rey muy poderoso y, al parecer, cristiano, y propietario de cantidad de palacios de oro, de jardines maravillosos y de multitud de esclavos. Y por aquí, aún un poco más lejos, está Catay, donde habitó mucho tiempo Marco Polo.

También quise saber quién era Marco Polo, y mi padre me explicó que fue un valiente mercader veneciano, el cual recorrió, ya hace muchísimos años, aquellas remotas tierras, y se hizo amigo del emperador, que le colmó de regalos.

—Y si tú fueras allí, padre, ¿también te los darían?

—Así lo espero —continuó él divertido—. Pero para eso necesito naves y marineros, y la ayuda de nuestro rey don Juan.

—Entonces, ¿irás a pedírsela?

—Si él me recibe y me escucha, desde luego.



La admiración que yo sentía hacia mi padre no hizo más que aumentar, puesto que iba a ser recibido por el rey en persona, el cual le daría barcos para atravesar el mar.

Otra cosa que no se apartaba de mi imaginación era el arcón donde mi padre guardaba sus cartas y sus papeles. No sé por qué, pero estaba seguro de que el dichoso arcón debía de contener algunas cosas más, quizá muestras del fabuloso tesoro del preste Juan, de quien mi padre hablaba como si fuera un viejo amigo, aunque decía no haberle conocido nunca. Pero el arcón estaba cerrado con llave, y mi padre tenía buen cuidado de no dejarla nunca a mi alcance.

Una noche me desperté oyendo toser a mi madre. Solía toser mucho, pero aquella vez parecía estar más agitada. Había un candil encendido sobre la mesa donde comíamos, y allí estaba mi padre entretenido con sus papeles, tan enfrascado, al parecer, que ni se daba por enterado del malestar de su esposa. El arcón estaba abierto, pero yo, desde mi lecho, no acertaba a ver nada de su contenido. Intenté dormirme de nuevo; tardé mucho en conciliar el sueño, pues mi madre no acababa de calmarse.

Ya entrado el día, mi padre abandonó la casa para marchar tras sus asuntos. Andaba muy distraído y absorto por entonces.

Cuando mi madre salió a comprar algunas vituallas, yo me acerqué al arcón, que, ¡oh, sorpresa!, tenía esta vez la llave en la cerradura. Era mucha tentación. Con no poco esfuerzo, logré levantar la tapa del misterioso mueble. Guardaba cartas, rollos de pergamino mezclados con viejos y amarillentos folios. Con manos temblorosas revolví entre ellos hasta dar con algo que me llamó mucho la atención. Eran unas plumas multicolores unidas entre sí formando como una corona. También había unas cuantas flechas, como de corteza de árboles. Las plumas me gustaban mucho y las saqué con cuidado para verlas mejor. Pero cuando oí que abrían la puerta de la calle, ya no me dio tiempo de restituirlas a su sitio y, asustado, corrí a esconderlas bajo las mantas de mi cama.

Ya anocheado regresó mi padre, de bastante mal humor, y al divisar la llave en la cerradura del arcón corrió a abrirlo, y gritó furioso:

—¿Quién ha andado en mis papeles?

—No sé nada —contestó mi madre.

—¿Ha venido alguien por casa...? ¿Algún vecino...?

—No, nadie.

—¿Y el niño?

—Ya está acostado.

Claro que lo estaba, y fingiéndome bien dormido. Pero de nada me sirvió, pues mi padre tiró de mí y de las mantas, y apareció la malhadada corona de plumas que yo había intentado ocultar entre ellas.

Nunca me había pegado, pero aquella vez lo hizo con dureza, y nunca olvidaré sus coléricas amenazas.

—¡Ladrón!, si vuelves a fisgar dentro del arcón o cuentas lo que has visto en él, te echaré de casa para siempre.

Me dormí llorando, y oyendo toser y quejarse a mi madre. Durante muchos días no me atreví a acercarme a mi padre, cada vez más adusto, y sumido en sus preocupaciones.

Mi madre padecía otra vez de calenturas, y oí comentar a las vecinas que estaba muy enferma. Una de ellas venía a ayudarla en las faenas de la casa y a hacerle los recados, pues había días que apenas se levantaba de la cama.

Pasó otra vez tío Bartolomé y habló de esto con mi padre, que fue en busca de un físico muy nombrado, el cual recetó una serie de brebajes para combatir la tos y la fiebre y habló de la conveniencia de un cambio de aires. Mi padre contestó que de momento no podía dejar Lisboa, pues estaba pendiente de acontecimientos importantes.

Una tarde, la vecina que venía a ayudar a mi madre llegó acompañada de otra, a la cual yo conocía de vista, pues vivía dos calles más abajo. Era judía, de la raza de esos que crucificaron a Nuestro Señor, pero en el barrio se la apreciaba, pues sabía mucho de medicina y había curado a mucha gente sin jamás cobrarles nada.

Desde luego que en Lisboa abundaban los judíos, muchos de ellos ricos y poderosos.

Mi madre la recibió bien y se dejó reconocer por ella. Luego me contó que yo, de muy pequeño, y en ausencia de mi padre, estuve gravemente enfermo, y que entonces Raquel —que era como se llamaba la vecina— me había sanado.

Raquel aconsejó a mi madre que se alimentara mucho, que durmiera sola en una habitación, y también que cambiara de aires.

—Sí... —suspiró mi madre—. ¡Cómo me gustaría volver a Porto Santo!...

—Decídselo a vuestro marido.

Raquel aún volvió otro día con unas hierbas, pero mi padre, que acababa de llegar, torció el gesto al verla y ni siquiera le dirigió la palabra. Ya no la vimos más por casa.

Una noche, mi padre me despertó.



Mi madre, extremadamente pálida, jadeaba en el lecho. Sobre la sábana había manchas de sangre. Me hizo señas de que me acercara, y trazó sobre mi frente la señal de la cruz.

Aturdido, me refugié junto a mi padre, que, con la cabeza descubierta, parecía rezar. Tenía los ojos enrojecidos.

Poco a poco, la habitación se fue llenando de gente.

Mi madre acababa de fallecer.

Las semanas que siguieron fueron para mí de tristeza y soledad infinitas. Cierto que habían contratado a una criada para que se ocupara de mí y de la casa, pero era vieja y gruñona, y sólo me inspiraba aversión. Y, para colmo, mi padre, cada vez más hermético y preocupado, se había convertido en un extraño para mí.

Me pasaba el día entero apoyado en las rejas de una ventana, indiferente y apático, viendo pasar la gente. Sólo las visitas de tío Bartolomé me hacían revivir un poco.

Mi padre y tío Bartolomé siempre se habían querido mucho y no tenían secretos entre sí. Y, como otras veces, tío Bartolomé le interrogó sobre sus asuntos.

—Sí, estoy decidido a partir de aquí —dijo mi padre.

—¿Con el niño?

—Claro... Quizá me le acojan en Huelva, en casa de la hermana de Felipa: no tienen hijos, y podrán atenderle. Aquí el muchacho acabará enfermo, pues yo no tengo tiempo de mirar por él.

—Y luego, ¿qué piensas hacer?

—Marchar a Francia en busca de suerte. Aquí no la he tenido, he fracasado en todo.

—Pero el rey don Juan, cuando te recibió, te prometió...

—Él sí, pero la comisión de sabios le hizo desistir. Peor aún: a mis espaldas mandaron una flotilla siguiendo el rumbo indicado por mí. Me he enterado de que acaban de regresar sin encontrar nada. Y para esto tanto esperar. Ha sido una vil faena, y estoy asqueado de todo y de todos.

—Cuidado, Cristóbal... Pero aún debes bastante dinero. ¿Quieres que te preste yo algo?

—Gracias, no necesito nada; ya me las arreglaré.

¿Entonces nos marchábamos de Lisboa? Realmente, yo no sabía dónde caía Huelva, y menos quién era aquella hermana de mi madre, pero todo me parecía bien con tal de dejar pronto aquella casa, donde cada vez me sentía más desgraciado.

### III

**P**ARTIMOS una madrugada sin despedirnos de nadie.

Yo estaba muerto de sueño, pero al subir al velero que nos aguardaba en el puerto, me despabilé enseguida. Supe entonces que para ir a Huelva había que embarcarse, como para Porto Santo y para todas aquellas fantásticas islas cuyos nombres bailaban en mi mente.

En el barco todos parecían conocer a mi padre, y muchos le atosigaban a preguntas, a las que él, al parecer, no tenía ninguna gana de contestar. Así se pasó casi toda la travesía mohíno y malhumorado, y sin apenas hacerme caso. Claro que yo andaba tan distraído con tantas cosas nuevas por ver y preguntar, que tampoco echaba de menos sus cuidados.

Nuestra embarcación era un velero pequeño y ágil, de esos que entran en todos los puertos para cargar y descargar frutas, aceite y toda clase de mercancías.

Como tuvimos buen tiempo, la travesía fue deliciosa. Yo ya lo tenía del todo decidido. Sería marino como mi padre y como mis tíos, y no pararía hasta conocer todas aquellas islas misteriosas.

Me hice muy amigo del piloto, que se llamaba Garcés; pese a sus barbas y a su rudo aspecto, tenía conmigo una paciencia infinita y no se cansaba de darme explicaciones sobre cómo se gobernaba una nave, o sobre los vientos y las tempestades.

Al doblar el cabo de San Vicente tuvimos algo de marejada, pero yo la aguanté bien.

A lo lejos se vislumbraba la costa medio envuelta en la bruma, y el piloto me señaló un punto, algo así como una torre altísima.

—¿Ves aquello, muchacho? Es la torre de Sagres, un observatorio. La construyó don Enrique el Navegante, un príncipe al que los portugueses deben mucho. Con sus estudios y sus expediciones abrió el camino del mar; y así, y gracias a Dios, un valiente como Bartolomé Díaz llegó hasta la punta más extrema del continente africano; y aún llegaremos más allá, de eso puedes estar bien seguro.

—Mi padre ha estado en Guinea.

—Tu padre es un marino entendido; puedes estar orgulloso de él, muchacho. Todos quisiéramos saber lo que ahora se trae entre manos, tan cabizbajo como va. Desde luego que hará algo sonado. Pero ahora vete a dormir. Yo no puedo dejar el timón: abundan los escollos por esta parte.

Aquella noche me dormí sobre cubierta contemplando el parpadeo de las estrellas, que parecían infundirme valor y confianza.

A la mañana siguiente, como la entrada en la rada de Huelva se nos iba a hacer algo difícil, y como era menester hacer la aguada y ciertos arreglos en el velamen, enfilamos hacia Palos, para gran alegría de Garcés, que era de allí. Así pues, nuestro velero penetró en el estuario de aquel puerto, bordeado por extensas marismas cubiertas en parte de espesos bosquecillos.

Mi amigo el piloto no cesaba de ensalzarme las bellezas de su tierra, a lo que yo atendía boquiabierto.

—Fíjate bien, hijo. Yo he navegado lo mío, pero rincones como éste, pocos, ni en Portugal, ni en Italia, ni en la brumosa Inglaterra. Si algún día reúno unos cuantos doblones, aquí he de retirarme a morir en paz, y que me entierren en lo alto de la colina, cerca del monasterio de La Rábida. Allí, en su tiempo, construyeron los moros una fortaleza, que ahora habitan los padres franciscanos, muy queridos de todos. Y, por cierto, muchos de ellos saben tanto de la mar como los de Palos, que sabemos un rato. Bien puedes creerlo, muchacho, que a los pilotos que somos de por aquí se nos rifan en todas partes. Si tu padre quisiera, podría subir conmigo al convento a saludar a los frailes; te aseguro que no perdería el tiempo.

Pero mi padre no quiso saber nada de todo aquello, y durante los quince días que permanecimos anclados en el puerto apenas se movió de la nave. Allí nos enteramos de que mis tíos —la hermana de mi madre y su marido— ya no vivían en Huelva, sino en Sevilla, donde había que ir a buscarlos. Lógicamente, aquella noticia le puso aún de peor humor.

Garcés conocía a todo el mundo, y se pasaba el día saludando a unos y a otros. Yo le acompañaba a todas partes, y con él subí varias veces al reducido y blanco monasterio de La Rábida.

Recuerdo que el padre guardián se llamaba Antonio Marchena y solía obsequiarme con dulces, tras haberme hecho entrar en la capilla, donde, hincado de rodillas, me hacía repetir una corta oración a la Virgen de los Milagros. Luego me mandaba a jugar al huerto. Allí conocí a Daniel, un muchacho algo mayor que yo, que servía de recadero a los frailes. Junto con

él recorrí los bosquecillos y palmerales cercanos, en busca de nidos y de madrigueras de conejos, que Daniel cazaba para venderlos luego en el pueblo.

Desde lo alto de la colina se divisaba bien el ancho estuario, confluencia de dos ríos, los islotes de su desembocadura, y las muchas naves diseminadas por las tranquilas aguas.

Daniel me enseñó el nombre de los ríos que formaban el estuario —que eran el Tinto y el Odiel—, y también el del islote mayor que había a su entrada, que era el de Saltés. Conocía las naves por su velamen y pretendía acertar su rumbo cuando atravesaban la barra, dirigiéndose al mar abierto.

Para mí, Daniel lo sabía todo, y por eso me asombraba que, en varias ocasiones en que le acompañé al pueblo, ciertas personas escupieran a su paso. Me atreví a hablar de aquello con Garcés; él me aclaró que Daniel era judío, y que en el pueblo no les querían ni a él ni a ninguno de su raza, a pesar de que eran buena gente, trabajadores y dadivosos. Parece que los padres franciscanos no opinaban del mismo modo, y así ocupaban en el convento a mi amigo y a unos parientes suyos, con la esperanza de ir convenciéndoles poco a poco de que aceptaran el bautismo.

—Pero me temo que poco conseguirán —sentenció el piloto—. A los judíos conversos se les llama aquí marranos, y casi reciben peor trato que los que permanecen fieles a sus creencias. En el fondo hay mucha envidia, pues los judíos, en su mayor parte, son ricos. Aquí en Palos casi todos son armadores o comerciantes. Pero tú, Diego, eres aún muy joven para entender de estas cuestiones.

Han pasado muchos años desde aquellos de mi infancia, pero yo, ahora gobernador de La Española y con las sienes plateadas por la edad y los sinsabores, sigo sin entenderlo. Fue una mujer judía la que, siendo yo muy niño, me curó de una grave enfermedad, y también atendió a mi madre sin cobrarnos nada por ello. Judíos y descendientes suyos comprendieron y ayudaron a mi padre en su duro peregrinar. ¿Por qué, pues, odiarles, perseguirles y escupir al paso de sus hijos?

Me dio mucha pena despedirme de los buenos padres, a los que en aquellos días había tomado cariño.

—Quédate con nosotros —me insistió el padre guardián—. Junto con Daniel aprenderás la doctrina, que estás en edad de ello.

Qué más hubiera querido yo; pero bien sabía que mi padre nunca lo hubiera consentido. Además, nuestra nave, ya arreglada su avería, aguardaba impaciente el momento de levar anclas.

Acompañé a Garcés cuando fue a despedirse de un tal Martín Alonso Pinzón, medio pariente suyo.

Era el tal Pinzón hombre ya entrado en años, de tipo enjuto y aspecto cordial, y, al parecer, muy bien visto en todas partes como persona de bien y excelente navegante.

Vivía en una de las mejores casas del pueblo, en cuyo umbroso patio nos hizo sentar. Obsequió al piloto con una copa de vino, y a mí con un refresco. Durante un rato charlaron de sus cosas, mientras yo me entretenía observando las andanzas de un hermoso gato gris, hasta que Martín Alonso, dirigiéndose a mí, me tiró cariñosamente de las orejas.

—Saluda a tu padre, muchacho. El otro día tuve una parrafada con él en la taberna, y me duele que ande tan desalentado. Aquí, en Palos, la mayoría le damos la razón. Deben de existir muchas islas en el camino hacia Occidente, ¿y por qué no habrían de ser las tierras del Gran Kan, Cipango o lo que sea?... El caso es dar con ellas. Pero eso habría que pensarlo y prepararlo bien. A lo mejor más adelante.

## IV

**R**EMONTAMOS un gran río —el Guadalquivir—, y una radiante mañana de abril entramos en el puerto de Sevilla.

Yo no dejaba en paz a Garcés. Él, con su pericia habitual, efectuó todas las maniobras necesarias hasta dejar la nave bien anclada, y preparada para su descarga.

En los muelles reinaba gran animación. Gentes de todas clases y cataduras los recorrían cargadas con bultos y armando gran algarabía. Y me acordé de mis andanzas, junto con mi madre, por el puerto de Lisboa.

Mi padre se despidió del capitán y, agarrándome fuertemente de la mano, se dispuso a seguir a Garcés, que nos había prometido proporcionarnos posada en casa de un compadre suyo.

Éste nos recibió muy bien. Por unas cuantas piezas de plata nos cedió una habitación grande y encalada, y no mal amueblada.

Tras acicalarnos algo y comer un bocado nos dirigimos en busca de los tíos.

¡Santo Dios, qué grande era Sevilla, qué de callejas serpenteantes y retorcidas tuvimos que recorrer! Yo, aterrado ante la idea de perderme, no soltaba la mano de mi padre.

Por fin, junto a las blancas tapias de un convento dimos con la casa que buscábamos; pero estaba cerrada y vacía. Una vecina nos explicó que los tíos habían vivido allí bastantes meses, y últimamente se habían ausentado, aunque con la intención de volver. De fechas ella no sabía nada, pues no les había tratado.

Con no poco trabajo regresamos a nuestra posada, donde yo me acosté rendido y llorando. Cómo me acordaba de los felices días pasados en La Rábida...

Desperté al cabo de unas horas. Aún era noche cerrada. Mi padre no estaba en el lecho junto a mí, pero le vi inclinado sobre sus papeles que, a la luz de un velón, estudiaba con gran atención. La talega de la que nunca se separaba, yacía abierta a su lado. Se dio cuenta de que yo le observaba, pero

esta vez no se enfadó, pues sentándose al borde de la cama me acarició las mejillas y el cabello.

—Pobre hijo mío —le oí murmurar—. Te traje aquí con la intención de darte un hogar como el que perdiste al morir tu madre, y ahora no te queda otro remedio que acompañar a tu padre en su incierto destino.

Sus palabras cariñosas me sosegaron, y poco después dormía de nuevo profundamente.

Seguimos durante algún tiempo en la posada, pues habían prometido avisarnos cuando llegaran mis tíos.

Todas las mañanas oíamos misa en una iglesia cercana y, tras un frugal almuerzo, nos dedicábamos a visitar a gentes más o menos importantes. Mi padre les exponía sus planes sobre futuros descubrimientos, en los que muy pocos creían.

Juan Berardi era un banquero genovés, que vivía en un gran palacio con muchísimos criados y un gigantesco portero negro.

Mi padre llevaba cartas de presentación para él, y tuvo suerte, pues el rico y poderoso señor no tardó en recibirnos en una sala lujosamente amueblada, con estanterías repletas de legajos. Dos grandes ventanas daban a un patio con muchas plantas, y revestido con azulejos.

Juan Berardi escuchó pacientemente a mi padre; al parecer, le interesaban sus proyectos, pero sólo supo darle escasas esperanzas. Para tales empresas era necesario mucho dinero, y en aquellos días el tesoro de Castilla andaba muy mermado. Los reyes Fernando e Isabel no pensaban de momento más que en la conquista del reino moro de Granada, para la cual todos los recursos eran pocos; en aquella contienda se invertían todos los fondos del Estado, más los bienes de nobles y eclesiásticos.

—Los banqueros estamos hartos de conceder empréstitos, así que veo difícil que se otorguen a vuestra merced, un desconocido, las cantidades necesarias para fletar barcos. No obstante, si queréis que os reciba la reina, creo que no os sería difícil obtener una audiencia.

—Yo estoy seguro de que la reina me escuchará —afirmó mi padre con aquel aplomo tan suyo, que yo le conocía de otras discusiones con gente de mar y de ciencia.

—No dudo de que os escuche, amigo mío, pero de allí a que os pueda ayudar media un abismo. ¿Por qué no intentarlo antes con los duques de Medina-Sidonia o de Medinaceli? Ambos pasan largas temporadas en sus mansiones de Sevilla, y, desde luego, sus riquezas son superiores a las de la Corona.

Mi padre siguió el consejo del banquero genovés, y así me tocó de nuevo acompañarle por las calles de la ciudad, en sus intentos de que aquellos señores le recibieran.

Al duque de Medina-Sidonia no llegamos a verle, aunque nuestra carta de petición llegó a sus manos. Su respuesta fue un donativo, gracias al cual pudimos pagar los gastos de la posada y algunas deudas que habíamos contraído.

Felizmente, por aquellos días tuvimos noticias del regreso de mis tíos a Sevilla.

Su recibimiento fue cordial, y yo me quedé a vivir con ellos. Me encariñé pronto con mi tía Violante, que me recordaba mucho a mi madre.

Mi padre seguía habitando en la posada, pero pasaba a vernos con frecuencia, y discutía mucho con su cuñado Miguel sobre sus ideas, planes y esperanzas.

—Está loco de remate —solía afirmar después mi tío, dirigiéndose a su mujer—. Sigue empeñado nada menos que en lograr que los reyes le reciban y le den los medios para lanzarse a la mar en busca de unos imperios imaginarios de los que hasta ahora nadie ha tenido noticias. Se le ha indigestado lo mucho que ha leído. Más cuenta le hubiera tenido no saber de letras, como la mayoría.

El verano transcurrió largo y tórrido, y para mí con la salud regular, nada acostumbrado como estaba a aquellos calores que me quitaban el hambre y el sueño... Apenas me movía del patinillo emparrado donde tía Violante se sentaba a coser, una vez finalizadas sus labores caseras. También ella sabía hacer primores de aguja, como mi madre y mi abuela.

Los chicos de la vecindad entraban a veces a buscarme, pero me faltaban las ganas y el ánimo para seguirles en sus juegos. Llegó a preocuparse mi buena tía, que hasta habló de consultar a un físico, temerosa de que padeciera yo del mismo mal que había acabado con su pobre hermana.

Ya entrado el otoño, y cuando empezaba a encontrarme mejor, llegó a Sevilla don Luis de la Cerda, primer duque de Medinaceli. Poco después mi padre nos visitó contentísimo; nos dijo que el duque le había recibido personalmente y le había invitado a pasar una temporada en su palacio del Puerto de Santa María.

—Me llevaré al muchacho —dijo—. Una temporada junto al mar ayudará a que se reponga.

Accedieron mis tíos, aunque con pena, pues se habían aficionado mucho a mí. Yo también lloré al dejarles, pero a mi corta edad, y viviendo en aquel



palacio de ensueño asomado sobre el mar —que siempre me fue tan querido—, pronto dejé de pensar en ellos.

Permanecimos varios meses en el Puerto, magníficamente atendidos.

El duque y mi padre solían pasear por los grandes jardines de naranjos, tamarindos y mimosas que, en suave pendiente, descendían hasta la playa. Hablaban mucho y animadamente y, por lo que oí a un criado de confianza, don Luis, siempre interesado en los descubrimientos, se sentía inclinado a respaldar a mi padre en su empresa, pagándole de su propio peculio todo lo necesario para armar tres carabelas y dotarlas de víveres durante un año. Pero todo esto tenía que consultarlo antes con la reina, a quien respetaba y admiraba extraordinariamente, y a cuya corte había enviado a su mayordomo Romero con una carta.

Fueron unas semanas de espera, en las que yo acabé de reponerme gracias al aire marino, al buen trato y a que veía a mi padre contento y esperanzado. A falta de gente con quien explayarse, él lo hacía frecuentemente conmigo, olvidando mi poca edad. Pero yo bien que le comprendía, pues, acostumbrado desde muy niño a escuchar relatos fantásticos, me parecía oír al mismo Dios.

—Ya verás, hijo mío, cómo ahora obtendremos dinero y naves con que cruzar el océano hasta las islas de las Especias y aún más allá: Cipango, Catay, las tierras del Gran Kan...

—¿Y éste es un rey poderoso?

—Poderosísimo, no lo dudes. Me consta que habita un palacio de oro y se sienta sobre un trono de marfil. Sus vestiduras están bordadas con piedras preciosas, y legiones de esclavos aguardan continuamente sus más leves indicaciones.

—Padre, ¿y te recibirá tan gran señor?

—Por supuesto. Si seré el Almirante de la Mar Océana...

—¿Y te pondrás un rico vestido?

—Calzas de terciopelo y capa de color púrpura. Me arrodillaré a los pies de tan poderoso emperador y le transmitiré los saludos y presentes de nuestros reyes y señores. Entonces él me hará levantar y sentar a su lado, y me entregará luego ricos regalos.

—¿Y vendrás después a buscarme, padre?

—¡Cómo no! Y tú, mi hijo y heredero, me acompañarás en un segundo viaje, más adelante...

¡Oh, ver de cerca algún día al Gran Kan!... Mi imaginación infantil no lograba abarcar tanta maravilla.

Mientras paseábamos, mi padre y yo trabamos amistad con un marinero tuerto, hablador y algo entrometido, y que también gustaba de contar sus aventuras.

—Los portugueses —nos decía— se jactan de haber descubierto las islas de Cabo Verde, pero eso no es más que el comienzo, pues los castellanos no les vamos a la zaga. Vos, que, según decís, habéis habitado en Porto Santo, sin duda oiríais hablar allí de Alonso Sánchez de Huelva, el cual debió de llegar mucho más lejos que yo. Se cree por aquí que regresó a Porto Santo, donde murió de agotamiento, sin participar a nadie sus andanzas. ¿Es que quizá sabéis vos algo sobre el particular?

La voz de mi padre, casi siempre pausada y cordial, sonó airada.

—Dejaos de consejas, amigo. El tal Alonso Sánchez de Huelva nunca ha existido. Y perdonadme, que hoy llevo prisa, pues el señor duque me espera a su mesa.

Y bruscamente dejó al tuerto plantado, regresando conmigo al palacio. Por cierto, me extrañó que ya nunca paseáramos por aquella parte del puerto.

La reina contestó por fin al duque, nuestro señor, con una amable carta. En ella le agradecía su interés por financiar empresas marineras, que tanto honor podrían traer a Castilla, pero lamentaba profundamente tener que denegarle el permiso, ya que asuntos de tal envergadura sólo incumbían a la Corona.



Don Luis nos leyó la carta visiblemente apenado.

—Lo siento, maese Cristóbal. Habéis visto mi buena voluntad, pero ahora no os queda otro remedio que marchar cuanto antes a Córdoba y ponerlos en contacto directo con la reina. Yo os proporcionaré cabalgaduras y algún dinero. En cuanto a vuestro hijo, podéis dejarle a mi cuidado.

Mi padre agradeció mucho al duque todo lo que había hecho por nosotros, y le rogó que no tomara a mal que me dejara a mí en Sevilla, junto a mis tíos, que ya me habían servido de padres durante una temporada. El generoso procer lo comprendió perfectamente.

Y así fue como poco después regresamos a Sevilla, donde mis tíos me recibieron muy contentos, pues realmente me tenían ley.

Mi padre aún permaneció unos días en la ciudad haciendo algunas visitas, hasta que cierta madrugada me despertaron para que me despidiera de él. Aún le recuerdo bien, vestido con un tabardo de paño verde, y ocupado en asegurar con correas un cofre de tamaño regular a la grupa de su mula, mientras rechazaba impaciente la ayuda del mozo que le iba a acompañar.

—No temas, que no se te perderá por el camino —le tranquilizó zumbón mi tío Miguel.

Y, sin querer, yo me acordé del misterioso arcón de Lisboa que tanto había despertado mi curiosidad infantil, y del severo castigo que aquello me había valido.

## V

**R**EALMENTE, yo quedaba contento en Sevilla. Mis tíos me mimaban, y salvo algunas horas que dedicaba a aprender las letras en un convento cercano, gozaba de bastante libertad para juntarme con otros muchachos de mi edad a jugar a la pelota, o a moros y cristianos.

Vecino nuestro era el alfajeme o barbero, el cual rapaba y afeitaba a la puerta de su casa, y a cuyo alrededor se formaban verdaderas tertulias en las que mi tío, Miguel Muliart, amigo y asiduo cliente, solía llevar la voz cantante.

—¿Qué noticias tenéis de vuestro pariente? —Quería saber el barbero—. Me figuro que habrá llegado con bien a Córdoba y hasta habrá sido recibido por Sus Altezas...

—Sí, para hacerle archipámpano de las Indias... —contestaba mi tío con sorna—. Nunca vi hombre tan obcecado...

—Pero vuesa merced también ha navegado... —aducía el barbero—. ¿Es que no pueden existir esas islas de las que nos hablaba maese Cristóbal?

—Sí que las habrá, ¿por qué no?; pero pienso que nuestros reyes tienen ahora hartito que hacer con lo del moro y, en mi opinión, mi cuñado debería dejarse de vanas fantasías, o, al menos, esperar tiempos mejores. Ojalá vuelva pronto y despierte del todo de su sueño dorado.

No, mi tío nunca había tomado en serio a mi padre. Pero sus burlas no convencían del todo al barbero, también amigo de cuentos y de historias fantásticas. Pues no sabía el hombre pocos romances y trovas, que yo, cuando me cansaba de correr y pelear, escuchaba embelesado.

Otro tema muy tratado en aquellas reuniones era el de los judíos, de los que se contaban cosas terribles: raptos de niños que eran maltratados y sacrificados, acumulación de tesoros. Pero yo, recordando a Raquel, que había logrado aliviar los sufrimientos de mi madre, y a Daniel, mi amigo de La Rábida, me negaba a creer en tales patrañas, aunque como niño que era me limitaba a escuchar y a callar la boca.

Después de algún tiempo tuvimos carta de mi padre; la trajo un mercader asentado en Sevilla, y que por determinadas causas se había tenido que desplazar a Córdoba.

Mi tío Miguel, que sabía de letras, la leyó en voz alta a mi tía Violante, y más tarde también al barbero.

Contaba mi padre que la carta de recomendación del duque de Medinaceli le había proporcionado grandes valedores en la corte, como don Alonso de Quintanilla y don Luis de Santángel —tesoreros de Sus Altezas—, gracias a los cuales había sido recibido por los reyes. Éstos le habían escuchado atentamente, y le habían concedido una pensión, en espera de que una comisión de sabios dictaminara sobre la posibilidad de alcanzar las Indias por nuevos caminos. También anunciaba su próxima visita a Sevilla, donde esperaba encontrarme muy desarrollado, y adelantado en mis estudios.

—Si todo eso fuera verdad... —comentaba mi tío Miguel tocándose la sien con el dedo.

—Por vida de..., que sois hartos desconfiados —intervino el barbero—. ¿Qué sabemos nosotros de los mares y de sus secretos, o de las tierras y los caminos que aún se puedan hallar? Mirad que quizá vuestro sobrino, aquí presente, bien puede llegar a ser gobernador de esas islas aún por descubrir.

—¿Y por ventura vuestro pariente no será marrano? —Metió baza otro personaje, que aguardaba turno para ser rapado.

—No, nunca —protestó mi tío airado—. Mi cuñado es cristiano viejo y de limpia sangre.

—Estuve en Córdoba no hace mucho —prosiguió el desconocido—. Don Luis de Santángel y don Alonso de Quintanilla son hartos conocidos allí y muy estimados de nuestros reyes, pero todo el mundo sabe que pertenecen a esa inmunda casta de conversos en quienes se dan todos los vicios y traiciones.

Cuando el desconocido se fue, el barbero rogó a mi tío que no leyera más las cartas en público, pues entre sus clientes había más de un familiar del Santo Oficio y éstos podrían acarrearle algún disgusto.

Yo atendía a todo aquello sin comprenderlo bien, hasta que un día me atreví a preguntar a tío Miguel qué eran los conversos y por qué se les tenía tanta manía.

—Verás —me explicó—: los descendientes de aquellos malvados que crucificaron a Nuestro Señor se dispersaron por el mundo entero. Aquí a España vinieron con los moros, cuyos reyes les protegieron mucho. Hay que reconocer, muchacho, que saben un rato de medicina y de astrología, y que siempre han sido los amos del comercio y de la industria, pues se ayudan

mucho entre ellos. Cuando nuestro rey Fernando III conquistó Sevilla a los moros, no quiso malquistarse con los judíos, pues eran muy numerosos, y así les cedió un barrio entero para que vivieran todos juntos, y sólo les obligó a respetar nuestra santa religión. Así, los judíos siguieron sirviendo a los monarcas cristianos, y llegaron a ser cada vez más ricos y poderosos. Vivían en hermosos palacios, con todo lujo y derroche.

Pero, según me han contado, hace más de cien años una terrible peste asoló ciudades y pueblos matando a miles y miles de personas. Entonces a la gente le dio por echar la culpa a los judíos —generalmente odiados por sus muchas riquezas—, y empezaron las grandes matanzas y persecuciones. Aquí en Sevilla hubo mucho alboroto y el pueblo irrumpió en la judería, asesinó a muchos de sus habitantes y obligó a los que quedaban a bautizarse. Ahora comprenderás, hijo, que si bien algunos se convirtieron de verdad, otros lo hicieron por miedo, y en el fondo seguían siendo judíos y, por lo tanto, asistían en secreto a sus cultos y realizaban sus ceremonias a escondidas. Los conversos, aunque supieron emparentar con familias de la nobleza y acumular altísimos cargos, nunca fueron bienquistos entre nosotros y, verdad o mentira, se cuentan de ellos cosas muy feas. Finalmente, la reina Isabel, nuestra señora, quiso aclarar las cosas e instituyó el Santo Oficio para acabar de una vez con los falsos cristianos.

Cuando tú eras muy pequeño, y aún vivía tu madre, llegaron a Sevilla unos comisionados de la Inquisición —que también se llamaba así al Santo Oficio—, armados de no muy buenas intenciones para con los numerosos conversos que aquí habitaban. Algunos se apresuraron a poner tierra por medio; otros prefirieron aguantar el temporal. Pronto comenzaron las persecuciones, con prisión y tormento para varios, hasta que ciertos conversos más influyentes se reunieron en la iglesia del Salvador para decidir con qué medios podrían protegerse. Uno de los más ricos aconsejó reunir dinero y comprar armas, pero una hija suya, muy hermosa, confió el secreto a su novio cristiano. El Santo Oficio, enterado de todo, les acusó de traidores. Muchos fueron ejecutados, otros se reconciliaron con la Iglesia y otros huyeron. Finalmente la peste puso fin a todo aquel jaleo, pues sólo quedaba tiempo para pensar en funerales y rogativas. Más de cuatro mil familias dejaron Andalucía por entonces.

Realmente, mi tío Miguel sabía muchas cosas, y le gustaba contármelas cuando yo le acompañaba por las calles de la ciudad, entre blanquísimas casas

de un solo piso, todas provistas de un patio interior con su fuente y muchas plantas.

Una vez me llevó a la catedral a ver danzar a los niños del coro, con sus vestidos blancos y sus gorros bordados. Creo que era el día del Corpus. La catedral había sido una gran mezquita o templo moro, que nuestro rey san Fernando transformó en uno de los mayores templos de la cristiandad. Allí se veneraba a la Virgen de los Reyes, la patrona de la ciudad, a la que el rey Fernando había llevado siempre en sus campañas. En otra capilla estaba la pila donde había sido bautizado el príncipe don Juan, el único hijo varón de nuestros soberanos.

De los moros, Sevilla aún guardaba muchos recuerdos; principalmente la altísima torre conocida por la Giralda, y el Alcázar, donde mi tío, gracias a sus muchas relaciones, logró hacerme entrar. Cómo me maravilló el magnífico salón de embajadores, desde cuyo alto estrado nuestra reina había dictado tantas veces sus justicieras leyes.

¡Oh, si aún viviera tan alta señora! Otra suerte correría la honra de mi padre.

Sevilla era una ciudad muy animada, donde casi cada día sucedía algo especial: barcos que llegaban remontando el río, visitas importantes, y también algaradas.

Aún recuerdo bien la llegada de don Rodrigo Ponce de León, el famoso marqués de Cádiz, favorito de los sevillanos por su legendario valor y su hombría de bien. Venía acaudillando un lucido ejército para unirse a los reyes en su nueva campaña contra el moro. En su honor se dieron fiestas y banquetes, y hasta una corrida de toros, en la que el propio marqués alanceó dos de ellos. A mí se me quedó grabada su noble figura. No era muy alto, pero sí de apostura elegante y mirada franca y leal. Y cuidado, que aún no hacía muchos años que don Rodrigo había sido el terror de la Baja Andalucía, donde campeaba a su antojo, en perpetua riña con el duque de Medina-Sidonia.

Cuando la reina, nuestra señora, vino a Sevilla por primera vez, estaba decidida a castigar las insolencias del marqués, pero bastó una sola entrevista entre ambos para su total reconciliación. Desde entonces, el marqués fue el mejor paladín de los intereses reales, y llegó a salvar la vida de don Fernando en una batalla.

¡Oh, cómo me enardecían todas aquellas historias de guerras y de caballeros! Sólo soñaba con servir a alguno de aquellos grandes señores y seguirle a la guerra contra el moro. Y hasta tuve tentación de escaparme un



día para unirme a aquellos aguerridos soldados. Por fortuna, unas tercianas me retuvieron en cama unos días, y cuando sané de ellas, el marqués ya había partido.

## VI

CON tantos acontecimientos el tiempo transcurría volando, hasta que un día apareció mi padre.

Iba bien trajeado, pero su cabello más blanco y su andar alicaído sugerían que sus asuntos no habían prosperado mucho.

Después de la cena, y sentados en el patinillo —pues ya comenzaba a hacer calor—, nos contó sus aventuras...

Una vez llegado a Córdoba, y tras dejar su equipaje en un mesón, se había acercado al Alcázar, en cuyas almenas ondeaban los pendones de Castilla y de Aragón. La carta del duque de Medinaceli le había franqueado la entrada, pese al recelo de los centinelas, y después de algún tiempo de espera, un ujier le había conducido ante don Alonso de Quintanilla, el tesorero real.

—Dicho señor —continuó mi padre— me escuchó intrigado, pero yo me negué a darle demasiados detalles, pues deseaba que me recibieran los reyes en persona... Gracias a que mi señor, el duque de Medinaceli, insistía en su carta sobre el interés que Sus Altezas tenían en conocerme, don Alonso me rogó que aguardara su llegada, y me considerase entretanto huésped de ellos, por lo cual quedaría alojado y mantenido a sus costas. Tuve que esperar tres largos meses, pues los reyes andaban por el norte. Don Alonso de Quintanilla se dignó llamarme varias veces a su presencia y me presentó a diversas personalidades. Las amabilidades de unos y otros me hicieron más llevadera la espera, y así, cuando los reyes llegaron a Córdoba, a fines de abril, no me faltaron valedores y no tardé en conseguir la deseada audiencia.

La reina Isabel me comprendió enseguida. ¿Por qué no iba a ser posible alcanzar por un nuevo camino las Indias, aquellas ignotas tierras dónde nuestra santa religión aún era del todo desconocida? Al rey le brillaban los ojos cuando yo mencionaba las grandes riquezas que podían llegar a ser nuestras. Harto sabían que el mundo era redondo: Aristóteles ya lo había proclamado en su tiempo, y tras él muchos otros sabios y filósofos. Finalmente, y para mayor seguridad, ordenaron que una comisión, presidida

por fray Hernando de Talavera, estudiara el caso y dictaminara sobre mis proyectos.

—¿Y en qué ha quedado todo? —preguntó mi tío intrigado.

—El veredicto ha sido negativo. Mis buenos amigos de Córdoba me aconsejan que espere aún, pues nuestros reyes hartos tienen que hacer ahora con la nueva campaña a punto de empezar. He decidido aguardar una temporada, aunque igual suerte me cupo en Portugal con el rey don Juan. Entretanto me llevaré a Diego conmigo.

—¿Y podrás atenderle, Cristóbal? —Casi gritó mi tía.

—Tendrá allí una nueva madre.

—¿Por ventura te has vuelto a casar?

Mi padre se levantó dando las buenas noches y sin contestar a la pregunta. Más tarde, desde mi lecho, yo oía hablar a mis tíos en el aposento contiguo. Se les notaba muy apenados de perderme.

—No sé cómo acabará tanta fantasía —repetía tío Miguel una y otra vez—. Si la comisión ha dictaminado en contra, sus razones tendrá. Además, Cristóbal, con su falta de claridad y sus verdades a medias, no convence a nadie, y todavía acabará desgraciando al muchacho, que ya se había hecho a nosotros.

Yo no cesaba de dar vueltas en la cama sin conseguir aclarar mis pensamientos. Desde luego que iba a dejar con pena la ciudad de Sevilla, donde estaba a gusto y tenía muchos amigos. Pero también admiraba a mi padre y deseaba conocer aquella ciudad de Córdoba, su fabuloso Alcázar, a los reyes y a tantas personalidades, y hasta quizá... quizá encontraría allí a mi ídolo, el marqués de Cádiz.

## VII

EL viaje a Córdoba lo hicimos en varias jornadas, pues debido al calor sólo caminábamos de madrugada o durante las últimas horas de la tarde. Mi padre, que montaba una mula regular y bastante lenta, me llevaba a la grupa.

Llegamos a nuestro destino ya casi de noche, y tuvimos que atravesar un río por un puente muy antiguo. Mi padre me explicó que aquel río era el Guadalquivir, el mismo que corría por Sevilla, lo que me causó mucha alegría, pues me acordaba con afecto de aquella hermosa ciudad. También las calles de Córdoba eran tortuosas y estaban flanqueadas por edificios bajos y muy blancos. Muchos de ellos ostentaban hermosas rejas artísticamente forjadas.

Pasamos junto a la catedral, donde yo me entretuve en contar las puertas; creo que eran diecinueve, todas de metal brillante. Adentrándonos aún más en aquel laberinto, paramos finalmente ante una pequeña casa de adobe, muy enjalbegada, como todas las restantes. Abriose la puerta y salió una mujer joven y bonita, que ayudó a mi padre a descabalgar y se abrazó luego a él.

—Ésta es tu nueva madre —me empujó él hacia ella.

De la mano de aquella mujer entré en la vivienda, de muy pocas habitaciones y escasos muebles, aunque todo muy limpio y aseado. Junto al lar encendido, donde hervía un puchero, había una cunita con un niño muy pequeño profundamente dormido.

—Bésale en la frente —me ordenó mi padre—. Es tu hermanito Hernando.

En aquella modesta casita no tardé en encontrarme a gusto, pues mi nueva madre, que se llamaba Beatriz, era muy afectuosa conmigo y trataba de complacerme en todo.

Mi padre solía ausentarse muchas horas, ocupado en sus negocios y visitas, mientras Beatriz barría, guisaba y cuidaba de mi hermanito, a quien solía cantar lindas canciones. A la calle salía sólo lo indispensable, pues los vecinos, al parecer, no la miraban con buenos ojos... Yo cada vez le iba

tomando más ley, viéndola tan trabajadora, tan alegre y tan afectuosa con mi padre, al cual, con sus mimos, conseguía hacer desarrugar el ceño.

En la casa también teníamos un patinillo con muchos tiestos y flores: claveles, geranios y alhelíes. En un rincón, un corralito albergaba unos polluelos, de cuyo cuidado me encargó mi nueva madre.

En nuestro hogar no faltaba lo esencial, pero tampoco sobraba nada. Según oí contar a mi padre, muchas veces no le pagaban la pensión estipulada por los reyes, pues en la tesorería real siempre andaban faltos de dinero; y entonces él tenía que dedicarse a vender libros de estampas y a dibujar cartas de marear, como había hecho en Lisboa.

Cuando yo le veía inclinado sobre la tosca mesa, trazando, a la luz de un candil, líneas y más líneas sobre unos pergaminos, bien sabía que no tardaría en abandonar su mutismo habitual para regalarme con sus relatos de viajes a tierras lejanas y fantásticas.

Beatriz, sentada en un escabel, repasaba las ropas de Hernandico, y tampoco perdía detalle. Era una admiración sin límites la que profesaba a mi padre. Él contaba episodios de sus viajes a la lejana Thule, casi totalmente cubierta por los hielos, y donde durante muchos meses del año era siempre de noche. También había conocido las zonas tórridas, la Guinea africana, con sus caudalosos ríos poblados de feroces cocodrilos. Árboles y flores eran allí de tamaño gigantesco, y albergaban entre su hojarasca toda clase de reptiles y alimañas peligrosas. En la mar habitaban las sirenas, pero él no había logrado divisar ninguna.

—Mira, hijo: esto es España. Este castillo señala a Córdoba, la ciudad que habitamos. Más arriba están Toledo y Madrid. De este lado cae Granada, por la que pelean tanto nuestros señores los reyes. Éste es el mar Mediterráneo, que tu padre harto ha cruzado; y aquí tienes a Italia, y Roma, cabeza de la cristiandad. En todas estas tierras habitan grandes y poderosos monarcas, como el Gran Turco de Constantinopla. Más allá se extiende el Asia, tan desconocida para nosotros, y que en un muy lejano día recorrieron los tres Reyes Magos en busca del Niño Dios. Aquí, en este extremo, situamos a la India, que posee inmensas ciudades, con Cambaluc, residencia del Gran Kan, vecino del opulento reino de Catay y de la isla de Cipango. Viajeros ilustres como Marco Polo y un inglés llamado Mandeville las recorrieron en su día. A la isla de Ofir se llegaban antaño las flotas del rey Salomón en busca de oro, que estaba guardado por inmensas hormigas, capaces de devorar a un hombre en pocos instantes. Se dice que por aquellas latitudes habitan los monículos, hombrecillos con un solo ojo en la frente, y

otros seres con cara de perro, y bestias mitad ave y mitad león, y pájaros gigantescos, capaces de asir una embarcación y remontarse con ella para estrellarla luego contra el suelo.

A fe mía que la cabeza me daba vueltas escuchando cosas tan peregrinas.

## VIII

**B**EATRIZ tenía algunos parientes que nos visitaban de cuando en cuando: su tía Mayor, su hermano Pedro y su primo Diego de Arana.

Estos dos pretendían alistarse en el ejército y esperaban que mi padre, gracias a sus buenas relaciones, les consiguiera un puesto aceptable.

Cierto día llegó una carta de Salamanca. Era de fray Diego de Deza, el maestro del príncipe don Juan. Invitaba a mi padre a trasladarse a tan lejana ciudad. Él se aprestó al viaje y Beatriz, llorosa, le preparó sus ropas.

—¿No os sucederá lo mismo que cuando la malhadada junta de fray Hernando de Talavera? ¿Es que vale la pena emprender un viaje tan largo y peligroso?

—No temas, mujer —la consoló mi padre—. Fray Diego de Deza es mi amigo y nunca ha dudado de mis razones. Ambos coincidimos en la interpretación de muchas citas de la Escritura y de los Santos Padres. Salamanca es célebre por su Universidad y por el convento dominico de San Esteban, que alberga hombres sapientísimos en matemáticas y cosmografía. Según parece, nuestros reyes han conseguido pacificar la levantisca región gallega, y actualmente se encuentran en aquella ciudad. Seguramente ahora conseguiré algo.

Y después de besarnos a Hernandico y a mí, y de encargarme que, como hombrecito que era, cuidara de todos durante su ausencia, montó nuevamente en su mula, cargada con sus inevitables papeles secretos y sus cartas marineras, y partió con aquel rostro de iluminado que yo tan bien conocía.

Sobre la mesa que él utilizaba para sus dibujos quedaba una pequeña talega llena de doblones, que debían servir para nuestra manutención.

Afortunadamente, Pedro de Arana, el hermano de Beatriz, aún seguía en Córdoba y accedió a venirse a vivir con nosotros.

Con él hice buenas migas, y me acostumbré a acompañarle en sus paseos por la ciudad. Así conocí la catedral —un bosque de arcos y columnas—, totalmente distinta de la de Sevilla.

—Fue mezquita o templo de moros —me explicó Pedro, que también se jactaba de saber muchas cosas—; y como ésta había muchas más en la ciudad, con minaretes dorados, grandes patios de mosaico y mármol, y muchísimas fuentes que corrían noche y día. Aquí en Córdoba habitaron los califas, reyes poderosísimos.

Y yo, pobre de mí, pensaba que al haber conocido Sevilla lo había conocido todo...

Después de ambular de un lado para otro, Pedro gustaba de entrar en cierto mesón, donde era muy conocido. Allí se juntaba con amigos suyos, la mayoría soldados como él, y entre jarra y jarra se armaban las grandes discusiones. Yo, entretanto, me distraía con un perrillo muy salado y juguetón, sin dejar por eso de prestar oídos a las conversaciones de los mayores.

—¿Y por dónde anda ahora vuestro cuñado? —quiso saber un soldado bastante grueso y bien armado, a quien una gran cicatriz en la mejilla izquierda le daba un aspecto antipático y feroz.

—Está en Salamanca —respondió Pedro con aplomo—, donde le recibirán los reyes para atender de una vez a su negocio.

—También le recibieron en Córdoba, según todos sabemos, pero micer Cristóbal aún sigue con la ropilla remendada...

—Dejad el asunto, caballeros —intervino conciliador el mesonero, que barruntaba pelea—. Todos sabemos que maese Cristóbal es un gran navegante, y que, con la ayuda de Dios, descubrirá cualquier día esas lejanas tierras de las que tanto se habla. En cuanto a Pedro, es hidalgo y buen soldado, y hace bien en defender a su pariente.

—¿Es que por ventura ha prometido a vuesa merced el gobierno de alguna ínsula? —preguntó con sorna el de la cicatriz.

—Me basta con gobernar mi mesón, que hartó trabajo me da; pero como castellano y cristiano viejo que soy, ya me gustaría que fueran nuestras naves las que llegaran a las tierras de las especias, que aquí tanto nos cuesta adquirir, y entablaran relaciones con personajes tan célebres como el Gran Kan y el preste Juan de las Indias, que, según dicen, es cristiano.

—¡Bah!, otras cosas tienen que hacer ahora nuestros reyes que escuchar a visionarios y a embusteros, que, según cuentan, se han apoderado por malas artes de los planos de otros —murmuró despectivamente el antipático parroquiano.

Vi brillar la espada de Pedro, que era peleón. Afortunadamente, sus compañeros le sujetaron, y empujaron fuera del mesón al indiscreto militar.



Indudablemente, mi padre era muy conocido en la ciudad, donde unos le defendían y otros le atacaban, burlándose de sus ideas.



## IX

**P**OR aquellos días, Córdoba estaba cada vez más animada. Acudían soldados de todas partes, tanto infantes como de caballería, pues todo el mundo sabía que se preparaba una gran campaña contra el reino de Granada, cada vez más debilitado por sus luchas internas.

En las afueras de la ciudad, junto a las riberas del río, se estacionaban los carros de guerra, que, según decían, eran los mejores de Europa; y había tiendas equipadas con medicinas, camas y vendajes: un auténtico hospital de guerra.

Los más célebres capitanes se alojaban entre nosotros, y realmente era un hermoso espectáculo ver a tantos caballeros galanes pasear por las estrechas calles, seguidos de sus lucidas escoltas, y asistiendo a los oficios de la catedral.

Y por fin llegaron nuestros reyes, y poco después mi padre, siempre con su pobre indumentaria. Breves y evasivas fueron sus respuestas a las inquietas preguntas de Beatriz.

Desde luego, los frailes dominicos de Salamanca se habían portado muy bien, invitándole a habitar entre ellos y atendiendo a sus planes y teorías. Pero siempre la misma cantilena. Mientras durara la guerra contra el moro, no debía contar con ayuda alguna. No había más remedio que seguir teniendo paciencia. Se le veía muy cansado y desalentado.

No obstante, aprovechando la estancia en Córdoba de importantes personajes, mi padre volvió a sus visitas y escribió diversas cartas.

Cierto día apareció por casa muy alborozado.

—Los reyes me conceden una nueva audiencia —nos anunció gozoso—. Y esta vez, tú, Diego, vendrás conmigo.

Beatriz trabajó como una fiera arreglando y limpiando nuestras ropas. Y así, una hermosa mañana de mayo penetraba yo, de la mano de mi padre, en el real Alcázar. Qué salas..., qué reposteros y tapices. Ni el legendario Gran Kan podría aposentarse mejor.

Mi padre saludaba a diestro y siniestro, pues era muy conocido en la corte.

Por fin nos detuvimos ante una gran puerta de madera tallada, que poco después se abría para darnos paso al salón del trono. Al fondo, sobre alto sitial recubierto de telas bordadas, estaba nuestra reina, que respondió con una amable inclinación de cabeza a la profunda reverencia de mi padre.

Era la reina aún joven y de rostro agraciado. Lucía un traje de color verde y manto granate, recogido sobre el hombro con un gran broche. Una cofia le sujetaba el velo que cubría en parte su cabello castaño. Junto a ella, sobre un escabel, se sentaba un niño pálido y rubio.

—Me place volver a veros, maese Cristóbal —nos saludó la soberana. Nunca he podido olvidar el tono dulce y agradable de su voz.

—Señora —respondió mi padre—, he aceptado vuestra amable invitación para ofreceros mis respetos e insistir, una vez más, sobre la necesidad de vuestra ayuda para poder realizar mis planes, la búsqueda de ese nuevo camino hacia las Indias, empresa que sólo gloria y tesoros sin cuenta traería a Castilla. Me consta que el oro y las piedras preciosas abundan en aquellas tierras, habitadas por muchas almas sedientas de conocer nuestra santa religión. Unas cuantas naves de vuestra flota me bastarían, señora. Gracias a mis estudios y a mis experiencias creo conocer el camino, y sé que, con la ayuda de Dios, no puedo equivocarme ni decepcionar a los que han confiado en mí.

—Maese Cristóbal —contestó la reina al florido discurso—, sabéis de sobra que os he creído desde el primer momento, y que siempre he intentado ayudaros; pero en ausencia del rey Fernando, mi esposo, actualmente en campaña, nada puedo decidir. La ciudad de Málaga está a punto de caer en nuestras manos. Se halla sitiada por mar y tierra, gracias al esfuerzo conjunto de nuestro ejército y de nuestra flota, que de momento no puede ser privada ni de un solo velero. Os ruego que tengáis aún un poco de paciencia, y os aseguro que no se os olvidará cuando llegue el momento. Y ahora, decidme: ¿este muchacho es vuestro hijo, del cual ya me habéis hablado alguna vez?

—Sí, es mi hijo Diego, vuestro servidor.

—Despierto parece el muchacho —me sonrió la reina—. Y ahora dime, Diego, si tienes algún deseo; exponlo sin temor: quizá pueda ser realizado.

Santísima Virgen... ¿Qué pedir a tan gran señora?... Un caballo, un traje de soldado... una espada... Finalmente, mis labios infantiles acertaron a balbucear:

—Quisiera servir al marqués de Cádiz.

Rieron la reina y las damas que la rodeaban.

—Eres aún muy joven, hijo mío, para estar en campaña, pero has de saber que nuestro valiente paladín, el marqués de Cádiz, vendrá en breve a Córdoba. Podrás entonces besar su mano. Pero entretanto, y mientras vas creciendo, ¿no te gustaría ser paje de mi hijo don Juan, este niño sentado a mi lado?

—Oh, sí, señora —murmuré confundido.

—Pues lo serás, hijo —continuó Isabel—. Descuida, que tan pronto pueda ya me ocuparé de este negocio.

Como envuelto en una nube, salí de la estancia junto con mi padre. Iba, pues, a ser paje del príncipe don Juan, y quizás a ver y hablar pronto al marqués de Cádiz. ¿Era posible tamaña felicidad? Olvidadas estaban mis zurcidas calzas; y mi padre, con su capa raída, me parecía en aquellos momentos el personaje más fabuloso de la tierra.

Pese a tan bellas promesas, transcurrieron los días y las semanas, sin que, al parecer, se acordaran de nosotros...

La reina había partido para el frente de Málaga, sin temor a la gran peste que por allí había; y como la ayuda monetaria concedida a mi padre volvió a faltar, tuvo él que recurrir de nuevo al dibujo de cartas de marear, pues en casa todo escaseaba.

Otro día llegó una carta de Portugal, que él leyó varias veces, y guardó entre sus papeles. Más tarde nos comunicó su intención de marchar muy pronto a aquel país, donde, al parecer, le reclamaba el rey don Juan II. Beatriz, ocupada en dar de comer a Hernandico, se echó a llorar, y mi padre trató de consolarla, para lo cual él sabía muy bien usar de buenas razones.

—Escucha, mujer: llevo ya casi seis años de inútil espera. Hasta ahora sólo he cosechado promesas. Si no tuviera la absoluta certeza de que existen nuevos caminos marítimos, y de que Dios me ha elegido para descubrir tierras hasta ahora desconocidas, ya hace tiempo que lo habría echado todo a rodar. En ciertas épocas el rey don Juan II fue buen valedor mío, aunque malos consejeros le estorbaron en su intención de ayudarme. Ahora, don Juan me reclama, y yo no tengo otro remedio que acudir a él. Tú quedarás en Córdoba, junto a Hernandico, hasta que yo os haga llamar. En cuanto a Diego, me acompañará hasta Huelva: allí están ahora sus tíos, que sin duda le acogerán de nuevo con cariño. ¿Qué dices tú a eso, hijo?

Qué iba a decir, si siempre quise bien a mi tía Violante y a mi tío Miguel... Pesábame dejar a Beatriz y a mi hermanillo, un mocito de casi tres

años; pero Córdoba, sin marqués de Cádiz ni príncipe don Juan a quienes servir, había perdido todo aliciente para mí.

## X

Otra vez salimos de viaje, montados en nuestra mula, a través de la abrupta y seca serranía cordobesa, más boscosa y suave en su vertiente hacia el mar.

Las aldeas eran escasas, y sus pobladores, recelosos, se resistían muchas veces a vendernos los víveres que necesitábamos. En aquellos tiempos revueltos nadie se fiaba de nadie, pues abundaban los salteadores —desertores del ejército o perseguidos por la Inquisición—.

Una vez dimos con la Santa Hermandad. Iban tocados con sus birretes morados y armados con sus ballestas. Mi padre les enseñó algunas de las cartas que llevaba, y les explicó que yo era su hijo, y que iba a dejarme en casa de unos parientes, en Huelva, pues, por ser él viudo, no podía atenderme. Nos permitieron continuar sin mayores dificultades, señalándonos el mejor camino. Mas, pese a sus explicaciones, nos extraviarnos por aquellas breñas, por donde anduvimos perdidos más de dos días sin dar con alma viviente que nos pudiera orientar.

Nuestros víveres estaban a punto de terminarse, y lo peor era que una herida que me había hecho en el pie se había enconado, y me producía vivos dolores y calentura. Para que yo fuera más cómodo, mi padre marchaba a pie, llevando del ronzal la mula sobre la cual yo me sostenía a duras penas, luchando con la modorra que me invadía a ratos.

Por fin, tras mucho andar y desandar, coronamos un altozano, desde donde divisamos una cinta plateada que se vertía en las lejanas aguas del mar.

—Loados sean Dios y su Santísima Madre —respiró mi padre—. Ya sólo nos queda descender por esta ladera y estaremos en la costa. También veo un gran poblado; sin duda es Huelva.

Yo me moría de sed y no había agua a la vista, de modo que, tras un corto descanso, reanudamos la marcha, y a las pocas horas llegamos a aquella población que habíamos divisado desde lo alto.

Anohecía, y no había casi nadie en las calles. Dimos varias vueltas buscando posada. Finalmente, un viejo, con pinta de pescador, sin duda

movido a compasión por nuestro aspecto derrotado, se acercó para preguntarnos si éramos forasteros.

—Venimos de Córdoba —le explicó mi padre—, pero nos hemos extraviado en la sierra, y lo peor es que mi hijo está enfermo de calenturas. ¿No habrá algún físico en el pueblo? Pagaría lo que me pidiera.

—Sí que lo tenemos, y bueno —contestó el pescador—; pero hoy no está en el pueblo, pues marchó a unas viñas de su propiedad. Yo ya les ofrecería mi casa a vuestras mercedes, pero más les valdría hacer un poco más de camino y subir hasta el convento de La Rábida, sobre el cerro, como a un cuarto de legua de aquí. Los frailes son entendidos en medicina como en todo, y acogen muy bien a todos los peregrinos. Han de saber que están en la villa de Palos, donde casi todos somos pescadores y marinos.

La Rábida... Palos... Cuántos recuerdos gratos acudieron a mi mente hasta casi hacerme olvidar mis dolores. Allí había pasado unos días muy felices junto al primer amigo que tuve, aquel muchacho judío. ¿Qué habría sido de él, entretanto?

Poco después llamábamos a la puerta del convento.

Salió un fraile de pardo sayal, que enseguida se dio cuenta de nuestra lamentable situación.

—Pasen, pasen vuestras mercedes al patio. Corro a avisar a fray Juan Pérez, nuestro padre guardián.

Manos solícitas me ayudaron a bajar de la mula, y me llevaron casi en volandas —pues no podía apoyar en el suelo mi pie inflamado— a una habitación interior totalmente encalada, cuyo único mobiliario eran un catre de madera y una tosca banqueta con un velón y un crucifijo.

—Aquí se acostará el muchacho, que buena falta le hace. En cuanto a vos, caballero... ¿Sin duda sois su padre?

—Sí, lo soy, y me llamo Cristóbal Colón, extranjero de Liguria.

—No nos hacen falta más datos —le interrumpió el fraile—. La caridad cristiana nos obliga a acogeros y a remediar en lo posible vuestra necesidad. Vos descansaréis en una celda contigua, y mañana Dios proveerá.





Me lavaron el pie hinchado con un cocimiento de hierbas, y me dieron a beber agua fresca con cierto gusto amargo.

Estaba tan agotado y febril que no tardé en amodorrarme.

Me despertó un rayo de sol que penetraba por la única ventana enrejada. Junto a mi lecho estaban mi padre y el fraile que nos había aposentado la noche anterior. Sentado a los pies de la cama divisé a otro hombre de cabello alborotado y barba grisácea.

—Parece haber descansado bien el muchacho —comentó el desconocido.

—Sí, doctor —explicó el fraile—. En espera de vuestra llegada le lavamos el pie y le administramos un poco de opio.

—Siempre dais en lo justo, fray Juan Pérez. Yo no hubiera hecho otra cosa. Ahora examinemos la herida.

Con sumo cuidado el físico me retiró el vendaje que me habían colocado la noche anterior, y reconoció mi pie tumefacto y dolorido.

—Regular... regular... —Diagnosticó finalmente—, pero creo que se ha llegado a tiempo y que, con la ayuda de Dios, el chico sanará pronto.

Permanecí varios días acostado en aquella celda, maravillosamente atendido por los frailes de la comunidad.

Dos veces al día me visitaba el físico, que se llamaba Garci Fernández. También fray Juan Pérez entraba muy a menudo a verme. Desde luego que mi padre apenas se separaba de mi lado.

Poco a poco, la hinchazón del pie fue desapareciendo, y con ella la fiebre que me tenía postrado. Dormía ya muy bien, y engullía con verdadera gana los caldos y guisos que los buenos frailes me preparaban.

Un buen día, el físico Garci Fernández me autorizó a levantarme y a salir al patio a tomar el sol.

El convento era más bien reducido. Poco a poco fui familiarizándome con él, y con los lugares por donde anduve y jugué cuando estuve allí por vez primera: la iglesia, con su artesonado al estilo cordobés...; la imagen de Nuestra Señora de los Milagros; el patio enlosado, con sus claustros alto y bajo; el refectorio...

Entretanto, fray Juan Pérez y mi padre se habían hecho muy buenos amigos. Ambos conocían y apreciaban mucho a fray Antonio de Marchena —uno de los grandes valedores de mi padre en la corte—, que había pasado largas temporadas en La Rábida. A sus conversaciones asistía muchas veces el físico Garci Fernández, y unos frailes entendidos en astrología.

Yo, como apenas podía andar aún, me sentaba cerca de ellos, en un taburete, y escuchaba sus discursos.

Todo seguía girando alrededor de aquellas famosas islas que debían de hallarse hacia occidente, en el camino de las Indias, y de cuya real existencia nadie dudaba, aunque se consideraba sumamente difícil el alcanzarlas y aún más el regresar después.

Tanto el físico Garci Fernández como los frailes sabían mucho de todo aquello. Como mi padre, habían leído el *Imago mundi*, del cardenal francés Pedro de Ailly, y también conocían los fantásticos relatos de Marco Polo y de Juan de Mandeville. Algunos de aquellos frailes habían navegado con los portugueses por las costas africanas hasta las islas Canarias, a cuyos moradores habían intentado evangelizar. Por lo tanto, habían hablado mucho con pilotos y pescadores, entre los cuales todas aquellas creencias, más o menos fabulosas, estaban muy extendidas.

En lo que no se ponían de acuerdo era en la cuestión de las distancias. Mi padre afirmaba que sólo una séptima parte de la tierra correspondía al océano, y que, por lo tanto, el famoso reino del Gran Kan estaba mucho más cerca de lo que se suponía.

Ante sus tercas afirmaciones los demás se sonreían con escepticismo, pero ni astrolabios ni cartas marineras, guardadas en la biblioteca del convento, le hacían apear de sus ideas.

—Por cierto que los marinos sois difíciles de convencer —intervenía Garci Fernández, que era el que menos se hacía oír—. A no ser que vos poseáis algunas razones de peso que nosotros desconocemos...

—¡Por san Fernando! —exclamó mi padre, ya irritado—. ¿Es que no os bastan las profecías de Isaías, que ya anunció en su época que desde España sería divulgado el santo nombre de Dios? ¿Y no tenemos los escritos de Séneca, de Estrabón, de Plinio y de Aristóteles?

—No soy tan buen conocedor de la Biblia ni de los clásicos como vos —dijo el físico—. Pero mañana, si Dios quiere, me acompañará a este cenobio un marino de Palos, buen amigo mío, el piloto Pedro Vázquez de la Frontera, que tiene ganas de conoceros.

Dicho piloto subió al día siguiente. Su piel curtida y su andar cansino mostraban que era hombre de mar. Según nos contó, en su juventud había sido escudero del famoso infante don Enrique de Portugal —el de la torre de Sagres—, quien le había autorizado a establecer una industria azucarera en la isla de Madeira. También había recorrido las demás islas del archipiélago y, junto con otro piloto, Diego de Teive, había descubierto la isla de las Flores, la más occidental de las Azores. En sus correrías hasta Islandia, empujados

por los vientos, habían divisado tierras hacia poniente, pero no habían osado continuar por estar la mar muy mala y con amenaza de temporal.

—Yo también navegué hacia Thule —le interrumpió mi padre—, pero no es ése el camino que pretendo seguir, si hallo los medios, sino más al oeste de las Canarias, donde, a no muchas leguas de distancia, se encuentran las islas de las Especias.

—Vuesa merced repite lo que muchos de nosotros suponemos. Sin duda habrá oído hablar de Alonso Sánchez de Huelva, el piloto desaparecido: todos damos por seguro que recorrió el primero aquella ruta.

Bruscamente, mi padre se despidió de todos los presentes, explicando su necesidad de bajar al puerto para determinada gestión.

Siempre fue convicción mía que entre mi padre y aquel Alonso Sánchez existió cierta relación, que él nunca quiso o supo confesar. Según cuentan, dicho Alonso Sánchez llegó náufrago y agotado a Porto Santo, por la época en que mi padre vivía allí, pero nunca me atreví a interrogarle sobre ello. Su severo castigo, cuando yo, aún muy niño, anduve hurgando entre sus efectos, me había quedado grabado para siempre.

Al estar yo ya del todo curado, decidió mi padre continuar el viaje. Pero cuando pasó a despedirse de fray Juan Pérez, éste se negó a dejarnos marchar.

—Vaya, mi señor Cristóbal, ¿es que por un raptó de impaciencia vais a echar a perder vuestra labor de tantos años, corriendo a mendigar por cortes extranjeras lo que aquí, en Castilla, se os puede conceder en cualquier momento? A fe mía, que yo no consentiré tamaño desatino. ¿Qué diría nuestro común amigo, fray Antonio de Marchena, si se enterara del caso?

Y una vez más mi padre dio rienda suelta a sus quejas, explicando su cansancio, sus seis años de inútil espera, durante los cuales sólo había cosechado burlas y vanas promesas.

—Nuestros reyes hartó tienen que hacer ahora con la toma de Granada, y no están para atender a un pobre y desconocido extranjero.

—Habláis con justicia —admitió el padre guardián, tras escuchar su desahogo—, pero si vos sois terco, también lo soy yo. Una vez más os ruego que tengáis paciencia hasta que yo realice cierta gestión. En su día fui confesor de Su Alteza la reina, que aún debe de recordarme, y pienso escribirle una carta. Hasta que reciba su respuesta, vos y vuestro hijo seguiréis siendo nuestros huéspedes.

Dicha carta salió en breve para su destino, confiada a un piloto de Lepe llamado Sebastián Rodríguez. Éste debió de llevar alas en los pies, pues a los quince días ya estaba de regreso con otra carta de respuesta a fray Juan Pérez,

en la cual se le agradecía su buena intención y su celo, se le rogaba que se presentara él mismo en la corte, y se daban esperanzas a maese Cristóbal Colón, de cuya veracidad nunca se había dudado.

Y fray Juan Pérez, expeditivo como era, partió aquella misma noche para el real de Granada.

Yo quedé muy contento de poder permanecer aún en La Rábida, donde gozaba de una gran libertad y donde todos me querían. Mi padre estaba mucho más tranquilo y distraído; asistía a los oficios religiosos, platicaba con el físico Garci Fernández y con los frailes, y revolvía entre los códices y libros de la bien surtida biblioteca conventual.

Cierto día me atreví a preguntar a uno de los frailes más viejos por mi amigo Daniel, el muchacho hebreo que conocí la primera vez que recalamos en Palos. Vaya si se acordaba de mi amigo. Se había bautizado, junto con algunos de sus familiares —gente buena y honrada—, y andaba ahora de grumete en una de las naves de Martín Alonso Pinzón.

—Creo que han ido a Roma por no sé qué asuntos, pero descuida, que cuando regresen Daniel subirá a vernos, pues nos quiere mucho, y nosotros a él.

Mucho antes de lo esperado se presentó fray Juan Pérez, y con muy buenas noticias, lo cual ya se captaba en el alegre mirar de sus ojos.

La reina invitaba a mi padre a visitarla en el real de Granada, para lo cual enviaría, muy pronto, cierta cantidad.

Y esa vez no fueron vanas sus promesas, pues un vecino de Palos, Diego Prieto, nos entregó pocos días después veinte mil maravedíes para gastos de viaje y de equipamiento.

Tratábase ahora de qué se había de hacer con mi persona. Yo, aunque era feliz en el convento, rogué a mi padre que me dejara acompañarle, con lo que fray Juan Pérez se mostró de acuerdo.

—El muchacho es harto crecido y juicioso, y será vuestra mejor compañía en este viaje. Marchad, en nombre de Dios, y que Él os guíe y sostenga en vuestro negocio; y espero que no olvidéis a estos pobres frailes de La Rábida.

## XI

**E**STE nuevo viaje lo emprendimos, gracias a la ayuda real, mucho mejor equipados; bien vestidos y calzados y con una buena cabalgadura, cargada con nuestras pertenencias y con los inevitables papeles que mi padre, dado su natural desconfiado, no quiso dejar en el convento.

A mí me hubiera gustado pasar por Córdoba para volver a ver a Beatriz y a Hernandico, de los que nada sabíamos. Pero mi padre se negó, alegando que para ello debíamos dar un gran rodeo, así que ya no insistí más cuando enfilamos hacia Sevilla.

Pasada dicha ciudad, donde sólo nos detuvimos algunos días, nos adentramos en los territorios recién conquistados, con sus campos esquilmados, sus bosques abatidos, y sus aldeas quemadas y desiertas.

Los moros, en su retirada ante las huestes cristianas, se habían defendido bien. Para colmo, las copiosas lluvias y tempestades del otoño habían inundado comarcas enteras, destruyendo los puentes y convirtiendo los ríos en peligrosas torrenteras. Leguas y leguas de tierra habían sido abrasadas, y pisoteadas las fértiles vegas. Se necesitaba el carácter obstinado de mi padre, y su idea fija, para seguir adelante entre tanta desolación. La vista de tal destrucción me hizo odiar la guerra, por muy justa que ella fuera, y añorar ardientemente la paz de La Rábida. Pero mi destino no fue llevar el hábito franciscano, pues mi vida entera ha transcurrido entre contiendas y rivalidades.

Después de unos diez días de viaje avistamos el real de Granada, y las huestes cristianas, acampadas en la antes feroz vega de aquella célebre ciudad, último baluarte de la media luna en España.

Llegamos al campamento una plomiza tarde de noviembre. Más que campamento era toda una ciudad, con sus torres, sus murallas y sus puertas, construida como a legua y media de Granada, y a la cual nuestros reyes habían dado el nombre de Santa Fe. Más tarde nos contaron que la habían edificado a raíz del tremendo incendio que devastó el antiguo campamento, no perdonando ni las tiendas reales ni las de los simples soldados.

Gracias a los valedores de mi padre, avisados de antemano, nos aposentaron pronto y bien, y yo quedé libre de triscar a mi antojo por la curiosa ciudad, pues mi padre, siempre obsesionado con sus planes, parecía haberse olvidado de mi existencia.

Yo, amiguero por naturaleza, pronto intimé con un soldado, Juan Rodríguez Bermejo, el cual, pese a su juventud, alardeaba de haber tomado parte en casi todos los hechos de la campaña. Como nacido en las calientes tierras del sur —era oriundo de Triana, junto a Sevilla—, era bastante trolero, pero yo, muchacho que era, creía cuanto él me contaba.

Juntos visitábamos las estancias donde los soldados veteranos solían reunirse alrededor de las grandes fogatas y de las abundantes ollas repartidas por la bien organizada intendencia. Allí se distraían charlando, y jugando a los naipes y a las tabas.

Eran hombres aguerridos, cubiertos de cicatrices y de gloria, y gustaban de relatar sus hazañas y los múltiples peligros que habían corrido durante aquellos diez años de campaña.

La guerra estaba prácticamente acabada. Un notable moro había venido a parlamentar con nuestros reyes, y había conseguido de ellos una tregua de setenta días, pasada la cual Granada se rendiría, y el rey Boabdil y sus principales caballeros jurarían vasallaje a la Corona castellana.

Pero aquella calma no les gustaba demasiado a los soldados, que echaban de menos las escaramuzas y los asaltos de antaño. La mayoría era gente sin hogar y sin familia, y no sabía adonde iría a parar el día que el ejército real fuera disuelto.

—Pasaremos al África —afirmaban algunos—: el Gran Sultán, sin duda, nos enrolará en sus huestes.

—No tal —decía otro—. Ni el Gran Sultán ni el Gran Turco querrán saber nada de nosotros, que hemos combatido contra los suyos. Nos cortarían la cabeza o nos venderían como esclavos. ¿Es que ya os habéis olvidado de cuando mandaron aquellos emisarios amenazando con tomar represalias sobre los Santos Lugares si caía Granada?

—¡Bueno! —intervenía un tercero—. También los tudescos y los flamencos tienen guerras. Todo es enterarse.





Muchas otras cosas escuché y aprendí durante aquellas frías veladas otoñales; cosas que aún hoy, pese a mis sienes plateadas, conservo bien en la memoria.

Todos aquellos rudos guerreros admiraban y adoraban a nuestra reina Isabel, por la que cualquiera de ellos se hubiera dejado quitar la vida. Ella había sido el alma de aquella campaña de diez años, con sus avances y sus retrocesos, sus victorias y sus derrotas. El rey Fernando había anunciado que se comería a Granada grano a grano, y las múltiples fortalezas que rodeaban la célebre ciudad mora habían ido cayendo, una a una, en manos cristianas, pero todo a base de esfuerzos, de estratagemas, y de un derroche de valor y de osadía.

Pese a la dureza de la lucha, tanto el rey como la reina siempre habían sido magnánimos con los vencidos, a quienes nunca les faltó la libertad de emigrar con sus familias y bienes a tierras africanas, y la seguridad de que, si preferían quedarse, sus creencias y sus costumbres serían respetadas.

La caridad de la reina lo abarcaba todo, tanto el cuido de la intendencia y de los hospitales de campaña, en los que nada faltaba, como el destino de los muchos cautivos liberados, que, enfermos y agotados, salían de las oscuras mazmorras. A todos se les curaba y se les proveía de lo necesario, y luego se les enviaba a sus lugares de origen.

Curiosamente, el rey moro Boabdil, apodado «el Chico», tenía muchos simpatizantes entre los cristianos. Todos reconocían su gran valor y su rectitud, que, dada su mala estrella, de bien poco le habían servido.

Se contaba que, cuando nació, los astrólogos árabes que elaboraron su horóscopo exclamaron aterrados: «¡Dios es grande, pero escrito está en los cielos que, si bien este príncipe ocupará el trono de Granada, será durante su reinado cuando el reino caiga en manos del enemigo!».

Desde aquella predicción, el joven príncipe fue mirado con aversión por su propio padre, Aben Hassan, el cual, influido por su ambiciosa segunda mujer, hasta intentó asesinarle. Boabdil logró escapar cierta noche, y huyó a uña de caballo hasta Guadix, donde tenía muchos fieles partidarios. Y así comenzó en Granada la guerra civil, que acabaría con el próspero reino, pues casa dividida contra sí misma no puede subsistir.

En una de las muchas acciones guerreras, el príncipe moro cayó prisionero de los cristianos, y se mostró dispuesto a someterse a sus reyes, siempre que éstos le apoyaran en sus derechos sobre el reino de Granada. Pero también su padre puso condiciones, pretendiendo ser reconocido como único monarca. Grave dilema para nuestro rey Fernando, el cual, finalmente,

y atendiendo al prudente consejo de su esposa, concedió la libertad al prisionero, tras hacerle jurar vasallaje.

Entre ambas partes se pactó una tregua de dos años, y Boabdil fue recibido oficialmente en Córdoba.

Y allí comenzó el calvario del desgraciado, esclavo de la palabra dada a los reyes cristianos, y considerado por los suyos como traidor y renegado.

El anciano monarca Muley Aben Hassan estaba ya muy acabado, pero un hermano suyo quiso aprovecharse de las discordias entre padre e hijo para hacerse con el trono de Granada, y esto obligó a Boabdil a pedir ayuda a Fernando.

Finalmente, la enérgica intervención de su madre, la sultana Aixa, y la colaboración de algunas tropas cristianas, le animaron a apoderarse de la ciudad de Granada, donde fue aclamado como único rey, mientras su tío huía a las montañas.

Pasaron los dos años de tregua. El rey Fernando creyó llegado el momento de la rendición de cuentas, y en pago de su generosa ayuda exigió a Boabdil su total sometimiento.

Pero en Granada aún quedaban patriotas que se negaban a una rendición vergonzosa, y así comenzó la última parte de aquella larga contienda: el asedio de la hasta ahora invicta ciudad.

El rey Fernando, prudente por naturaleza, sabía que Granada era demasiado fuerte para ser tomada por asalto, y que más se conseguiría con paciencia y perseverancia.

Se empezó por arrasar la rica vega, quemar aldeas y alquerías, y cegar los canales de riego.

Lógicamente, los moros no permanecían impasibles ante tanta destrucción, y sus salidas y ataques, a la desesperada, eran frecuentes y peligrosos. Buenos conocedores de los pasos y de los senderos de la montaña, acechaban allí a las tropas cristianas, causando entre ellas numerosas bajas y la muerte de muchos caballeros principales.

Boabdil, bien al tanto de la gravedad de su situación, se defendía con uñas y dientes, atacando las fortalezas costeras, con la esperanza de que le llegara ayuda desde el exterior.

Pero con los primeros fríos la situación de la ciudad sitiada se hizo insostenible. El hambre y el descontento iban minando cada vez más la moral de sus defensores, pese a la obstinación de algunos fanáticos santones. En cambio, el ejército cristiano, bien pertrechado e instalado, no mostraba intención alguna de moverse en mucho tiempo.

## XII

**N**O hay duda de que el tedio puede desmoralizar a un ejército tanto como el hambre y las enfermedades.

Nuestra reina Isabel, consciente de ello, decidió organizar un espectáculo para sus soldados.

Un día se corrió la voz de que el príncipe don Juan iba a ser armado caballero, y todo el campamento vibró bajo una ola de actividad, pues para tan magno acontecimiento había que limpiar armas, aderezar uniformes; en fin, ponerlo todo a punto.

Pese a lo avanzado de la estación, aquel día solemne amaneció radiante. Gran parte de las tropas habían sido concentradas en la gran plaza central de Santa Fe. Brillaban los cascos y las espadas, y el sol invernal hacía resaltar aún más aquel arco iris formado por tan distintos y vistosos uniformes.

Al filo del mediodía tocaron las fanfarrias y comenzó el desfile, con nuestro joven príncipe a la cabeza.

Aquel niño pálido y rubio, que yo había conocido en Córdoba años antes, había crecido mucho desde entonces, pero aún ostentaba sus hermosos bucles dorados, apenas cubiertos por una gorra de terciopelo. Serio y digno, subió al estrado, acompañado —dichoso él— por el marqués de Cádiz y el duque de Medina-Sidonia, sus dos padrinos. El propio rey Fernando, que había precedido a su hijo, le entregó las armas, y el muchacho, con voz clara y firme, juró llevarlas siempre con honor.

Un clamor entusiasta se elevó entre los soldados, y nuevamente sonaron los clarines y los tambores, mientras nuestro príncipe besaba la mano a su padre y saludaba a sus padrinos.

Después de la ceremonia se celebró en la misma plaza una misa solemne, seguida de un desfile en el que tomaron parte los paladines de aquella cruzada, luciendo sus mejores galas. Tremolaban al aire estandartes y gallardetes, y la multitud de soldados enronquecía de tanto gritar.

Más tarde se repartió a la tropa un rancho especial.

## XIII

A últimos de diciembre, Boabdil, obligado por las circunstancias, decidió rendir Granada el seis de enero, y envió al campamento cristiano a su visir, con un costoso regalo para el rey Fernando: una cimitarra y dos magníficos corceles árabes. Mas como los disturbios en el interior de la ciudad no cesaban, el rey moro mandó un nuevo recado a Fernando proponiéndole adelantar la fecha de la entrega. Ya había corrido demasiada sangre; para qué, pues, oponerse al destino.

El dos de enero amaneció con sol espléndido, aunque todo el campo estaba cubierto de escarcha. Muy temprano, un destacamento de a pie y otro de a caballo se dispusieron a tomar posesión de la fortaleza que dominaba la ciudad, llamada la Alhambra.

Cuando las tropas coronaron la colina, el propio rey moro, acompañado de algunos de sus caballeros, salió a su encuentro:

—Señor —saludó al comandante cristiano—, acercaos y tomad posesión de esta fortaleza, de la que Alá nos ha privado en castigo de nuestros muchos pecados.

No dijo más, y siguió su camino a través de la vega, al encuentro de los católicos monarcas, mientras los soldados penetraban en los patios vacíos y silenciosos de la Alhambra.

Entretanto, la comitiva real cristiana salía de Santa Fe. Al frente iban el rey y la reina con el príncipe, los altos dignatarios y las damas de su séquito. Se detuvieron a media legua escasa de Granada, en espera de la señal prevista.

Por fin, el gran estandarte de la cruzada, y el del apóstol Santiago se elevaron sobre una de las torres, llamada de la Vela. Entre el clamor general y los gritos de «Santiago» y «Castilla», los soberanos se arrodillaron sobre la tierra desnuda, dando gracias a Dios por el triunfo que les había deparado.

Por muchos años que viva, jamás olvidaré espectáculo semejante.

Fue junto a una pequeña mezquita, cerca de las riberas del río, donde los reyes se encontraron con el infortunado Boabdil. Éste quiso desmontar y besar la mano a Fernando, el cual se lo impidió. También la reina renunció a

tal homenaje, y para consolar al desgraciado monarca le entregó a su hijo, el cual, durante todo aquel tiempo, había permanecido como rehén en el campo cristiano.

Boabdil, resignado, presentó a Fernando las llaves de la ciudad:

—Estas llaves —dijo— son las últimas reliquias del imperio árabe en España. Son trofeos vuestros, señor, como también nuestro reino y nuestra persona. Ésa es la voluntad de Dios. Recibidlas con la clemencia prometida.

—No dudéis de nuestra promesa —contestó Fernando—, y contad para siempre con nuestra amistad.

Qué mejor corona para un rey victorioso que usar de clemencia con el vencido.

Luego, Boabdil y los suyos continuaron su camino en dirección a las Alpujarras.

Al acercarse los reyes a las puertas de la ciudad, una extraña procesión les vino al encuentro. Eran más de quinientos cautivos, que, sacudiendo sus cadenas y derramando lágrimas de alegría, se arrojaron a sus pies. La reina, como siempre, les atendió en todas sus necesidades.

La ciudad fue ocupada oficialmente por el conde de Tendilla, que entró en ella acompañado por numerosos caballeros y parte de la infantería.

Y el día de la Epifanía, la real pareja hizo su entrada triunfal en Granada. Se llegaron hasta la mezquita principal, que fue consagrada catedral, y allí, una vez más, dieron gracias a Dios por la victoria. Terminada la ceremonia religiosa, la comitiva ascendió hasta la Alhambra, y penetró allí por una puerta llamada de la Justicia. Grande fue su admiración al pisar aquellas inmensas estancias decoradas de azulejos y arabescos; aquellos patios, galerías y jardines donde el fluir de las aguas de acequias y surtidores invitaba al descanso y a la meditación. Las damas y los caballeros que acompañaban a Sus Altezas no dejaban de exteriorizar su asombro. Pluguiera al cielo que a todos los caídos en tan larga campaña se les hubiera concedido el vivir aquellos instantes.

También mi padre y yo íbamos en la comitiva, y desde luego que en mi larga y azarosa vida jamás mis ojos contemplaron tales maravillas.

En uno de los salones mayores se instaló el trono real.



## XIV

**D**URANTE los días siguientes vi bien poco a mi padre. Otra vez estaba obsesionado con su negocio, puesto que, caída Granada —suponía él—, ya no habría impedimento alguno para que los reyes le recibieran y le escucharan. Pero, por lo visto, a nuestros monarcas aún les quedaban muchas cosas que hacer: pacificar la ciudad, ocuparse de los cautivos liberados, licenciar las tropas, recibir embajadas y, en resumidas cuentas, contentar a todo el mundo, vencedores y vencidos.

Por las noches, cuando mi padre y yo nos recluíamos en nuestro aposento, él apenas me dirigía la palabra, y yo me acostaba dolido fingiendo dormirme enseguida, mientras él revolvía papeles y cartas, siempre con el temor de haber extraviado alguna.

Solía marcharse temprano, encargándome que no hablara a nadie sobre nuestros planes, ni dejara entrar en la habitación a ningún extraño.

Yo me pasaba el día correteando por la ciudad, acompañado a veces de mi nuevo amigo Juan, que ahora se hacía llamar Rodrigo de Triana.

Las calles de Granada eran estrechas y tortuosas como las de Sevilla y Córdoba, aunque mucho más empinadas. No carecían de bellos edificios —posiblemente mansiones de gente principal—, cerrados al exterior a cal y canto. Pese a lo reciente del armisticio seguían muy animadas, y por ellas transitaba mucha gente, dedicada a sus ocupaciones.

Me gustaba ir al zoco, y pasear entre las mercancías de los alfareros y los plateros. De haber tenido dinero, ya me hubiera gustado comprar algún alfanje o algún puñal, de aquéllos tan primorosamente labrados; pero mi pobre bolsa poco daba de sí. Rodrigo, mejor provisto que yo, y rumboso por naturaleza, solía invitarme a comer en algún *fondak* o taberna de las que abundaban en la ciudad, y me obsequiaba, para postre, con la visita a un arropero, donde me atiborraba de almíbar y de alfeñiques —una especie de caramelos—.

Un día, mi amigo me confió que era hijo de moro, aunque nunca había conocido a su padre; y que sin duda por eso se encontraba tan a sus anchas en

aquel ambiente.

—¿Pero tú serás cristiano bautizado? —le pregunté yo.

—Sí; también mi madre lo era, y mis abuelos, que me recogieron de muy chico. Pero la sangre tira, muchacho; ahora me voy dando cuenta de ello.

Rodrigo estaba muy bien enterado de las cosas que pasaban en el campamento y dentro de la ciudad. Conocía a muchos capitanes, a los que servía de enlace y recadero; y me contó que los reyes andaban muy preocupados por la cuestión de los judíos, a los que se pensaba expulsar muy pronto.

—Son mala gente —comentó—. Se bautizan falsamente para que les dejen en paz, y así poder seguir acumulando riquezas. Pero a escondidas siguen judaizando y practicando sus nefandos ritos sobre hostias consagradas, para lo que necesitan a veces sangre de inocentes niños cristianos.

—No tal, que son calumnias —protesté yo airado.

—Eres aún muy joven, Diego, y no sabes nada de la vida —me atajó Rodrigo—. Ya te espabilarás con los años y con lo mucho que te queda por ver. No hay otro remedio que limpiar a España de incrédulos.

—Pero los moros tampoco son cristianos, y tú bien les quieres.

—Los moros no crucificaron a Cristo, y por eso nuestros reyes les consienten mantener sus ritos y su religión. Tampoco ellos son amigos de los judíos, que les han traicionado.

—¿Pero no dices que Luis de Santángel, y Cabrera, y otros muchos caballeros de la corte son hebreos o descendientes de hebreos?

—Descuida, que a éstos no les sucederá nada. Ya lo arreglarán de una forma u otra. Pero puedes creerme, Diego: mientras no solucionen todo esto, el asunto de tu padre quedará estancado.

—¿Y qué sabes tú de mi padre? —le pregunté yo alarmado, pues me constaba que nunca había hablado yo de eso con él.

—En el campamento todo se sabe, muchacho. Tu padre anda buscando dinero y barcos para hacerse a la mar en busca de unas tierras donde hay oro en abundancia. Barcos no sé si los conseguirá, pero gente no le ha de faltar. Yo y muchos de mis compañeros estamos dispuestos a seguir a maese Cristóbal hasta donde quiera llevarnos. Tras tantos años de guerra es duro acostumbrarse a la paz.

No conté nada a mi padre de aquella conversación por no aumentar sus celos, y en los días siguientes rehuí la compañía de Rodrigo. Me molestaba su odio contra los judíos, y también sus excesivos conocimientos sobre nuestros asuntos.



Indudablemente, Rodrigo estaba bien informado, pues a fines de marzo se publicó el edicto que concedía a los judíos tres meses para exiliarse, a menos que se decidieran por el bautismo. Los que no se convirtieran deberían abandonar España el primero de julio a más tardar, comprometiéndose —bajo pena de muerte y de confiscación de bienes— a no regresar jamás. Mientras llegaba la fecha señalada, todos ellos quedaban bajo la protección real, y nadie podría tocar ni sus personas ni sus propiedades... Los judíos no podrían sacar del país ni oro ni plata o moneda acuñada ni, por supuesto, otras cosas prohibidas por las leyes del reino. Solamente podrían llevarse ciertas mercancías autorizadas.

El edicto, por esperado, no causó demasiada impresión en el campamento, pero sí en la ciudad de Granada, donde habitaban muchas familias hebreas que ahora, definitivamente, lo perdían todo. Hubo soldados que se aprovecharon de las circunstancias y adquirieron a bajo precio objetos de gran valor, que aquellos desgraciados no podían llevar consigo.

Pocos días después, mi padre consiguió al fin la suspirada audiencia real. La noche antes rebuscó entre sus ropas lo que aún le quedaba de más presentable, pues, a falta de las manos hacendosas de Beatriz, todo estaba raído y sucio. Finalmente decidió presentarse con el hábito franciscano, que solía usar con frecuencia.

Aquel día preferí deambular sin compañía, por no tener que dar explicaciones a nadie, y me retiré muy pronto. Pero, al acercarme a nuestro aposento, percibí voces en él. Mi padre no estaba solo.

Efectivamente, le acompañaba un personaje que, por sus ricos ropajes, debía de ser muy principal.

—Maese Cristóbal, excuso decir que habéis sido bien necio y torpe. Cómo vos, que aún no sois nadie, ni nada habéis demostrado, habéis tenido la osadía de exigir tales cosas a Sus Altezas: nada menos que pretender ser almirante de todos los mares y países aún por descubrir; y eso para vos y vuestros herederos; y además el nombramiento de virrey gobernador de todos los continentes e islas aún por hallar; y por si fuera poco, la décima parte de toda riqueza ganada. Vos, un extranjero, un desconocido, ¡y nada menos que almirante! Sin duda vuestra desorbitada imaginación os ha jugado una mala pasada.

Mi padre contestó altanero:

—Llevo siete años mendigando una muy pequeña ayuda para esta empresa, en la que, aunque muera, cubriré de gloria al reino castellano y a sus monarcas. Yo todo lo arriesgo en ello: justo es pedir rentas y títulos

proporcionales a mi esfuerzo y a mis trabajos, y mirar por mis dos hijos, y por sus descendientes en su día. Pero ¡por san Fernando!, que si aquí no soy escuchado, lo seré en otras cortes, para las que estoy dispuesto a partir.

—Por vida... que sois orgulloso, maese Cristóbal —continuó el desconocido caballero—. Pero haced lo que os plazca, pues yo ya me he comprometido bastante por vos. Siempre he defendido vuestra empresa, sin pruebas sobre las que basarme, únicamente fiándome de vuestra palabra. Jamás me quisisteis enseñar vuestros papeles, si en verdad los tenéis.

La voz de mi padre se había suavizado algo.

—Os agradezco, don Luis, cuanto habéis hecho por mí, pero es mejor que parta cuanto antes. La divina providencia me seguirá ayudando, como siempre lo hizo hasta ahora.

Salió el caballero sin advertir mi presencia, y yo entonces le conocí, pues le había visto en otras ocasiones. Era don Luis de Santángel, converso, y banquero de los reyes, y uno de los mejores valedores de mi padre.

Apenas descansó él aquella noche; y muy de madrugada se despertó y me ordenó que recogiera nuestras pertenencias, mientras él salía un rato para realizar ciertas gestiones.

—¿Es que nos vamos de Granada? —Osé preguntarle yo.

—Sí, hijo —contestó él.

—¿Adónde esta vez?

—A Francia, a la corte del rey Luis.

Era, pues, mi sino abandonar los lugares a los que había tomado aprecio. La Rábida, Córdoba, y ahora Granada, donde tanto había visto y aprendido. ¿Hasta cuándo tendría que deambular por el mundo?

No tardó mi padre en volver con nuestra mula, que había pasado todos aquellos meses en las caballerizas del campamento.

La cargamos en poco tiempo, pues bien reducido era nuestro equipaje. Y otra vez a los caminos, por entre los campos esquilmados que ya olían a primavera.

Como a dos leguas de Granada, en un lugar llamado Pinos Puentes, nos alcanzó un mensajero, que cabalgaba al galope. Traía una orden real para que regresáramos al campamento, donde los reyes estaban dispuestos a recibirnos una vez más.

Esta vez la audiencia tuvo lugar en el salón de la Alhambra llamado de Embajadores, ricamente adornado con tapices y reposteros. Y bien puedo dar fe de aquella escena, puesto que mis ojos la presenciaron.

Mi padre, con su hábito aún cubierto de polvo, se arrodilló ante la reina. Besó su mano, y luego la del rey.

—Tenéis buenos amigos, maese Cristóbal —dijo la soberana—, que una vez más han abogado por vos. Es cierto que vuestras exigencias son muchas; pero, si la empresa se logra, también se podrá hacer mucho por difundir nuestra santa religión y ganar almas para el cielo. Y junto a eso, qué importa lo demás. Pronto se redactarán unas capitulaciones, y percibiréis las ayudas y las orientaciones necesarias. Luego, Dios os guarde y os guíe.

Entre los cortesanos que rodeaban a nuestros reyes reconocí a don Luis de Santángel, que nos sonreía.

El diecisiete de abril se firmaron dichas capitulaciones. Se entregó a mi padre el dinero suficiente para equipar la expedición, y se le señaló el puerto de Palos, donde se le entregarían dos naves bien equipadas y preparadas para un viaje de varios meses.

## XV

**D**E regreso a Palos, esta vez sí que pasamos por Córdoba.

Beatriz seguía habitando la misma linda casita, que mantenía tan limpia y cuidada como de costumbre, pues poseía bienes propios que la ayudaban a vivir.

Su recibimiento no fue cordial en extremo: estaba dolida por la larga ausencia de mi padre y la falta de noticias. Tampoco parecieron impresionarle demasiado nuestros buenos vestidos y cabalgaduras, ni los criados que nos acompañaban.

Hernandico había crecido mucho. Era ya un rollizo muchacho de unos cuatro años, y mi padre tuvo mucha alegría al verle tan sano y hermoso.

Durante los pocos días que permanecimos en la ciudad no nos faltaron visitas, pues pronto se corrió la voz del golpe de suerte acaecido a maese Cristóbal, el antiguo dibujante de cartas de marear y vendedor de estampas, el hombre de la capa zurcida. Ahora iba de veras, pues los reyes le protegían y ya sólo faltaban los barcos para lanzarse a la magna empresa: el descubrimiento de aquel nuevo camino de las Indias, de aquellas islas lejanas y misteriosas sobre las que tanto se había fabulado.

Muchos se ofrecieron a acompañarle, pero mi padre sólo eligió al hermano y al primo de Beatriz, ya licenciados del ejército.

Yo siempre quise mucho a Beatriz, pero, pese a ello, no me hubiera agradado quedarme en Córdoba, pues abrigaba la secreta esperanza de poder acompañar a mi padre en su viaje a través del océano. No se habló nada de aquello, y nos aprestamos a partir de nuevo.

Palos seguía igual que cuando lo dejamos, con su caserío blanco, extendido y enfrentado con el mar, y sus habitantes enredados en sus negocios de pesca y en el cuidado de los ubérrimos huertos que rodeaban el pueblo.

En La Rábida vivían los mismos frailes, y su bienvenida no pudo ser más cordial. Se alegraban de veras del éxito de mi padre, pues espiritualmente siempre habían tomado parte en sus asuntos.

Mi padre se encerró con el padre guardián, y a mí me quedó tiempo para triscar por aquellos lugares para mí tan queridos. Me gustaba encaramarme sobre el altozano para disfrutar del bello panorama de los dos ríos, cuyas aguas se deslizaban mansamente entre pinares.

Mis ojos —hartos de contemplar fragosidades y de ver la destrozada y arrasada vega granadina, donde pasarían años antes que algo pudiera rebrotar — se solazaban con aquellas tierras floridas y bien cultivadas. Sentado junto a la noria, pensaba en mi incierto porvenir. ¿Acompañaría finalmente a mi padre, o sería mi destino quedarme en aquel vergel?

Cuando en Palos se supo la llegada de mi padre, varios de sus viejos amigos subieron a saludarle y a felicitarle por su cambio de fortuna. Ya no era maese Cristóbal, sino don Cristóbal, almirante y futuro gobernador de las tierras por descubrir. Así volví a ver a Garci Fernández, el buen físico que me había curado el pie, y a Pedro Vázquez de la Frontera, el gran viajero.

Por ellos supimos que en Palos los asuntos andaban algo revueltos, pues se acababa de conocer el decreto de expulsión de los judíos, y éstos —armadores o comerciantes— abundaban en el pequeño puerto. La mayoría de ellos, muy apegados a sus creencias, estaban decididos a exiliarse, y todo era buscar quien les comprara a cualquier precio sus huertos y sus casas. De ello se aprovechaban muchos conversos y no pocos cristianos viejos. En el pueblo había dos bandos; unos lamentaban el edicto de expulsión, otros lo celebraban, y así no faltaban disputas y peleas, en las que salían a relucir antiguas envidias y enemistades.

Fue a finales de mayo —no recuerdo la fecha exacta— cuando mi padre hizo publicar en la plaza de Palos, junto a la iglesia de San Jorge, la cédula real que le autorizaba a exigir de sus habitantes dos carabelas, totalmente pertrechadas para el uso que se quisiera hacer de ellas.

El escribano público leyó el documento, y el alcalde y los regidores se levantaron de sus asientos, declarándose dispuestos a obedecer las órdenes reales. Luego descendieron todos al puerto y eligieron dos embarcaciones de las muchas que allí estaban fondeadas.

Pero, si hubo carabelas, ni un solo hombre se presentó para enrolarse en ellas. Todos, tanto los marineros de posición holgada como los modestos, se negaban a tomar parte en aventura tan descabellada, y a las órdenes de un personaje desconocido y extranjero.

Pasaban los días y la situación seguía igual. Corrían los más desatinados rumores sobre mi padre: que si era un judío que quería esconder no sé qué

tesoros allende los mares..., que si a los marineros que lograra enrolar les iba a dejar abandonados en cualquier isla desierta, que si...

Los pocos amigos de mi padre andaban perplejos y asombrados ante tanta resistencia, y no sé si fue Garci Fernández el que propuso que se alistase a presos y a procesados a cambio del perdón de sus delitos.

Cierto día que andaba yo por la huerta, los buenos padres me llamaron. En el convento me aguardaba una sorpresa: mi amigo Daniel, ya todo un mocetón fornido y curtido por los aires marinos. Acababa de regresar de Roma en la nave de Martín Alonso Pinzón, donde algún tiempo anduvo enrolado de grumete.

Toda la tarde estuvimos contándonos nuestras andanzas, pues si yo había corrido mundo durante aquellos últimos años, también él había visto lo suyo.

Pese a lo reciente de su llegada, Daniel —que al bautizarse había adoptado el nombre de Pedro— parecía muy bien enterado de los asuntos del pueblo. La mayoría de sus parientes, judíos de convicción, estaban preparando su marcha; algunos a Portugal, otros a Marruecos. Él —que, al quedar huérfano muy chico, casi se había criado en La Rábida— se sentía cristiano de corazón, pero no por ello dejaba de sentir los sufrimientos de sus hermanos de raza, y había acudido al convento por si los padres podían hacer algo en favor de sus deudos ancianos y enfermos.

—¿Y por qué no se convierten? —quise saber yo.

—No es tan fácil como tú crees, Diego...

Luego me habló de la proyectada expedición de mi padre, en la que soñaba enrolarse. Le gustaba la vida del mar; y además temía que, como converso reciente, tendría dificultades en Palos.

—Pero mi padre no encuentra gente que quiera embarcar.

—Que hable con Martín Alonso, mi patrón. Te garantizo que él se lo soluciona todo.

Fue curioso: pocos días después, tanto Garci Fernández como el prior de La Rábida dieron a mi padre idéntico consejo.

Martín Alonso... Martín Alonso... Pese a mi juventud, pronto me di cuenta de lo popular que era aquel hombre en todo el condado de Niebla, no sólo como navegante, sino como soldado, pues muchas habían sido sus hazañas en la última guerra contra Portugal, en la que su nave había inutilizado importantes puertos del país vecino. Había conseguido reunir una fortuna como hábil armador de naves; también era hombre dado al estudio, y ansioso de conocer los secretos de la naturaleza. Era jefe de una numerosa familia: cinco hijos, y hermanos, sobrinos y primos. La mayoría de ellos eran

marinos de profesión; le consultaban todo, y aceptaban siempre su consejo y parecer.

Y una hermosa mañana, Martín Alonso subió a La Rábida para saludar a mi padre y charlar con él.

Como a otras muchas entrevistas, también asistí a aquélla, movido por la fascinación que tal personaje ejercía sobre mí desde que, siendo yo muy niño, su mano había acariciado mis cabellos, la primera vez que recalamos en Palos.

Martín Alonso debía de tener por entonces unos cincuenta años. Era enjuto de cuerpo; tenía el rostro bronceado y la expresión reflexiva, y eran pausados su andar y su palabra. Platicaron ambos, y se entendieron en lo fundamental, pues tanto mi padre como Pinzón mantenían ideas parecidas sobre la navegación por el océano desconocido.

—¡Por vida de Belcebú, mi señor don Cristóbal, que hubierais disfrutado acompañándome en este último viaje! Fondeamos en Ostia y de allí me acerqué a Roma, no sólo para besar la sandalia de nuestro pontífice Inocencio VIII, sino también para saludar a un familiar suyo y amigo mío, uno de los encargados de la biblioteca del Vaticano. Hablé con él y me mostró muchas curiosidades; entre ellas, una carta de marear —de la que tengo copia— que marca la situación exacta de la isla de Cipango a menos de mil leguas de las Canarias, rumbo al oeste. A mi juicio, tenéis toda la razón en vuestras suposiciones, y me declaro dispuesto a acompañaros en la expedición que proyectáis.

Seguidamente extendió la carta sobre la mesa, y todos nos inclinamos ansiosos sobre ella.

Martín Alonso era franco por naturaleza y, por lo tanto, amigo de comunicar todo su saber y su experiencia, pero al marcharse dejó a mi padre meditabundo y con el ceño torcido. Pasó toda la noche paseándose por la celda, sin poder conciliar el sueño.

Aún se visitaron varios días más. Finalmente, mi padre se convenció de que la única forma de sacar adelante su proyecto era asociarse con aquel hombre, al parecer generoso y entusiasta.

Cerraron trato con un buen apretón de manos, sin que, pese a la importancia del negocio, ni uno ni otro hablaran de recurrir a notario alguno. Ambos eran marinos y les bastaba su palabra honrada.

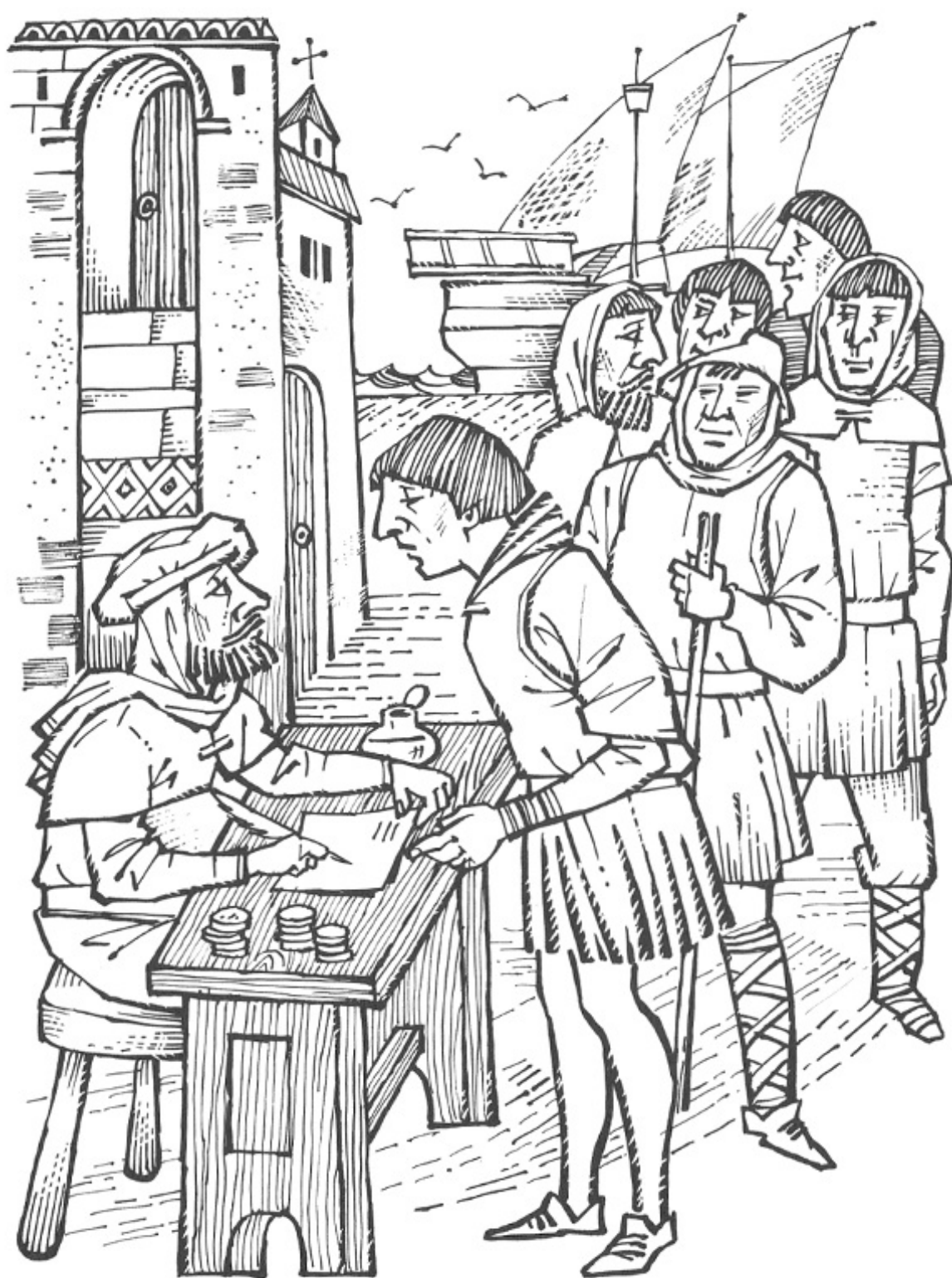
Tal como lo había prometido, Martín Alonso puso mesa frente a la iglesia de Palos. Uno de sus hermanos actuaba como escribano. Sobre dicha mesa, dos montones de monedas de oro y de plata aguardaban el momento de pasar

a manos de quienes quisieran participar en la expedición. Mientras tanto, el capitán, paseando por la plaza y el puerto, charlaba con todo el mundo, con tono paternal y afable.

—Amigos, ¿no os tienta a ninguno la aventura? Yo os aseguro que, con la ayuda de Dios, en este viaje hemos de descubrir la ínsula de Cipango, que, según fama, tiene casas con tejados de oro, y donde todos los árboles son de especiería.

La noticia de la sociedad formada por Martín Alonso y el marino forastero hizo desaparecer de golpe todos los recelos que hasta entonces se habían abrigado contra mi padre, y de toda la comarca de Palos, Moguer y Huelva comenzaron a acudir voluntarios para enrolarse. Grande era el prestigio de Martín Alonso, y yo muchas veces me he preguntado si mi padre —orgulloso por naturaleza— no llegó a sentirse humillado al ver que, pese a sus cédulas y títulos, se le relegaba a segundo término. Era Martín Alonso quien lo dirigía todo, tanto la recluta de hombres como la preparación de las embarcaciones. Las que había escogido mi padre no le parecieron aptas, y sin dudarle mucho buscó otras más veleras y resistentes, sin que nadie osara oponerse a sus deseos.





Y así fueron contratadas dos carabelas, la Pinta y la Niña, llamadas de esa forma por los apellidos de sus propietarios.

Yo las visité en compañía de Daniel. Éste me explicó que las carabelas eran naves muy rápidas y de poco calado, lo que les permitía maniobrar fácilmente en las costas peligrosas, y remontar los ríos.

Por cierto que sus capitanes necesitaban gran pericia y vigilancia para que el exceso de velamen no las volcase. Llevaban tres mástiles, con velas cuadradas en los dos más altos —el trinquete y el mayor— y vela latina en el de popa o de mesana. Hacia el centro de la nave estaba el fogón o cocina al aire libre, donde, una vez encendida la lumbre, no debía extinguirse, y se la reanimaba continuamente.

Mi padre, que deseaba para su mando una embarcación mayor, había puesto los ojos en cierta nao, como de unas doscientas toneladas, fondeada en Palos desde hacía algún tiempo, y apodada la María Galante. Era oriunda del mar Cantábrico, y la tripulaban vascongados y cántabros, gente muy dura y acostumbrada a la mar. Aún recuerdo bien a su propietario y capitán, Juan de la Cosa, alto y fuerte y de muy pocas palabras, el cual más adelante llegaría a ser piloto de fama.

Mi padre, siempre asesorado por Martín Alonso, pronto se entendió con él. Y así, Juan de la Cosa cedió su buque y se prestó a ir a las órdenes de mi padre, y a cubrir todos los gastos a su regreso. La mayoría de sus tripulantes se alistaron igualmente.

Siguieron unos días de febriles preparativos, compra de pertrechos y víveres, y reparación de las naves.

Mucho he cavilado sobre lo que hubiera pasado sin la ayuda y el entusiasmo de Martín Alonso, el cual —supe después— aportó en aquellos días una buena suma de su propio peculio, ya que el millón y pico de maravedíes que había entregado Santángel no hubiera bastado para cubrir todos los gastos de la expedición.

## XVI

CIERTO día, mientras merodeaba por la playa de Palos, me abordó mi viejo amigo Rodrigo de Triana, el de Granada, a quien nunca hubiera soñado encontrarme allí.

—Os he seguido los pasos —me dijo el muy ladino—, y me alegro de que tu padre haya tenido suerte al final. ¿Sabes que me he enrolado también?

—No —me asombré yo, pues el cupo estaba cerrado.

—Hubo alguna baja, últimamente, y cierto conocido mío me avaló ante Martín Alonso. Atiende, muchacho: pasé ahora por Triana y supe que mi madre había muerto, así que ya no tengo a nadie en el mundo. La mar no me asusta, pues ya la conozco, y me gustaría, después de todo lo que he recorrido, dar con un poco de oro para retirarme a descansar. ¿No dicen que hay tanto por allí? Te embarcarás tú también, digo.

Dolido, tuve que confesarle que, pese a mis ruegos, mi padre no lo consentía.

—Es que aún eres muy joven, Diego, y lógico es que tu padre quiera conservarte para que en su día heredes sus títulos y honores. Ojalá tuviera yo uno... Pero ánimo, que habrá más de un viaje, eso te lo aseguro.

Le dejé para acudir a la llamada de Daniel, al que ayudaba en sus menesteres, pues había mucho que hacer en aquellos días.

Las dos carabelas y la nao —a la cual habían cambiado el nombre por el de Santa María— estaban fondeadas ya fuera del pequeño puerto de Palos, en la parte más profunda del río Tinto, y su aprovisionamiento, que debía ser para todo un año, era bastante complicado.

Hasta el costado de las naves llegaban los botes de remo, cargados con sacos de legumbres, cecina, queso, galleta, carne ahumada y otros artículos comestibles. Grumetes y marineros introducían en las bodegas la leña y los toneles de agua, vino y aceite. Había que repasar el velamen y atender a las armas de combate: bombardas, arcabuces, ballestas y hachas. Nada escapaba a la vigilancia de Martín Alonso, acostumbrado como estaba a las largas travesías marítimas.

Daniel se multiplicaba, hacía por cuatro, pero yo bien sabía que se volcaba así en el trabajo por ahogar su pena, pues por aquellos días muchos de sus parientes y amigos judíos abandonaban Palos hacia un destino incierto.

Daban compasión aquellos grupos de exiliados, hombres, mujeres y niños, que, cargados con lo poco que podían llevar consigo, abandonaban el pueblo después de cerrar la casa en que sus familias habían vivido durante generaciones. La mayoría se dirigían hacia el Puerto de Santa María y hacia Cádiz, pues, al parecer, allí les esperaba una flotilla dispuesta a conducirles al África. Muchos habitantes del pueblo les compadecían, pero aún había quien les insultaba, tras haberse quedado con sus fincas y sus barcos.

—Son mala gente —murmuraba a mi lado Rodrigo de Triana, guiado siempre por el odio que les profesaba—. Ninguno de ellos es labrador, albañil o carpintero. Todos han buscado siempre oficios holgados para ganar mucho con poco trabajo. Sin ellos viviremos mejor los cristianos viejos.

Otros marineros eran de la misma opinión, y yo, como chico que era, no me atrevía a contradecirles, pues no entendía de aquel negocio.

Y entre unas cosas y otras transcurrió el mes de julio, cuyos fuertes calores no hicieron mella alguna ni en los preparativos ni en el entusiasmo de los que iban a emprender el viaje.

Se había señalado para la partida el tres de agosto, y la víspera, que era la fiesta de la Virgen de La Rábida, la mayor parte de los tripulantes subieron al convento a oír misa; muchos de ellos confesaron y comulgaron, mi padre en primera fila.

Lucía él su uniforme de almirante, que le había confeccionado un alfayate de Sevilla. Tanto las calzas como la saya y el capote eran de color rojo oscuro. Así, vestido de esa guisa, mi padre parecía más alto e imponente, un auténtico Almirante de la Mar Océana.

Él y yo almorzamos con los frailes y después nos retiramos a nuestra celda. Allí mi padre se despidió de mí con una ternura que hacía años no gastaba conmigo. Nunca olvidaré sus palabras, su mirada velada y sus manos temblorosas puestas sobre mi cabeza.

—Diego, hijo mío: desde muy niño me has acompañado por estos mundos, tras aquello que muchos llamaban quimeras, aunque yo bien sabía que no lo eran. Ahora, y con la ayuda de Dios, pienso realizar grandes cosas, pero enfrentarme con el océano no es tarea fácil, y puedo volver o no. Los buenos padres cuidarán de ti durante mi ausencia, y sé que no ha de faltarte nada. Si al cabo de un año no he regresado, ni ha habido noticias de la expedición, podéis darnos a todos por muertos. Entonces fray Juan Pérez te

ayudará a redactar una carta que dirigirás a la reina nuestra señora. Ella no te desampará, ni tampoco a Hernandico, tu hermano. Mira siempre por él, y también por Beatriz, que fue una buena madre para ti. En cuanto a mis papeles, algunos quedan depositados en el convento, y a su tiempo fray Juan Pérez te los entregará.

Y su voz se quebró al bendecirme.

## XVII

**A** la mañana siguiente, viernes tres de agosto, ya antes de salir el sol, casi todo Palos se amontonaba sobre la ribera, cerca de donde estaban ancladas las tres carabelas.

Uno a uno, los ciento veinte hombres que formaban la expedición se despidieron de sus familiares y fueron ocupando sus puestos. Y así vi desfilar a mi padre, a los parientes de Beatriz, a Juan de la Cosa, a Rodrigo y a tantos otros conocidos.

Cerca de mí, la mujer de Martín Alonso se lamentaba ruidosamente. Su marido nunca debía haber tomado parte en aquella expedición, pues andaba delicado de salud y aquel paso podría causarle serios quebrantos. Sus hijos y algunas vecinas trataban de consolarla.

Daniel fue uno de los últimos en subir a bordo, y antes pasó a darme un abrazo. Había sido nombrado paje de escoba, o sea el encargado de despertar a la tripulación al amanecer, cantando unos versos muy bonitos, que él me había enseñado:

*Bendita sea la luz  
y la Santa Veracruz,  
y el Señor de la verdad,  
y la Santa Trinidad.  
Bendita sea el alba  
y el Señor que nos la manda;  
bendito sea el día  
y el Señor que nos lo envía.*

A continuación tenía que rezar un padrenuestro y un avemaría.

También le tocaba pregonar la comida y la cena y dar las buenas noches, con sus consiguientes oraciones. Otra de sus obligaciones era barrer la cubierta y alumbrar, una vez anochecido, la candela de la bitácora, para que el piloto y el timonel vieran la aguja de marear.

—No me olvides del todo —me dijo por lo bajo—, pues no sé si volveré de ésta... —Y vi lágrimas en sus ojos.

Pobre Daniel, había sufrido mucho en aquellos meses y se sentía muy solo.

Se recogieron los bateles cortando la comunicación con tierra, y, con las primeras luces del alba, los grumetes se encaramaron a las vergas para desatar las velas. Enseguida se oyó el chirrido de los cabrestantes al enrollar las maromas de las anclas.

Los primeros rayos de sol hicieron brillar los cascos embreados de las naves como si fueran de metal. Entonces divisé a mi padre, erguido a proa de la nao capitana, solemne, magnífico; y todos escuchamos sus palabras:

—En nombre de Dios, larguen.

Como un eco contestaron Martín Alonso y Vicente Yáñez, su hermano, los capitanes de la Niña y de la Pinta.

—Larguen, en nombre de Dios; larguen.

Soplaba una brisa favorable que hinchaba el velamen desplegado, y las tres naves hendieron las terrosas aguas del río Tinto.

Junto a mí, fray Juan Pérez se había arrodillado y entonaba una salve, que fue coreada por la multitud. Yo sentía un nudo en la garganta.

Casi tres horas permanecemos aún en la ribera siguiendo con la vista las naves que se alejaban lentamente, atravesaban la barra de Saltés y se empequeñecían cada vez más, hasta perderse en el océano.

## XVIII

**L**A ausencia de mi padre duró ocho largos meses, que a mí me parecieron siglos. Realmente, los frailes se esmeraban por atender no sólo a mi cuerpo adolescente, sino a mi espíritu, mejorando en grado sumo mi hasta ahora regular educación. Por la vida errante que había llevado, sabía poco de letras. Ciertamente que en Sevilla, cuando vivía con mis tíos, fui a la escuela, y también más tarde, en Córdoba. Pero fue en La Rábida donde aprendí a escribir con corrección y buena letra, y adquirí muchos otros conocimientos que, más adelante, bien habían de servirme. Cuando, por mis pocos años, mostraba yo cansancio o impaciencia, el padre Sebastián, que era mi dómine, repetía:

—Pero, bueno, ¿es que no quieres acompañar a don Cristóbal en sus otros viajes? Pues conviene que te apliques ahora, hijo mío.

¡Vaya si quería!... Y otra vez a darle a la pluma y a enfrascarme en la lectura y en las dichas declinaciones latinas, que consideraba harto aburridas.

Todos los días subía un rato al altozano, desde el cual, durante un buen rato, oteaba el horizonte en espera de que alguna nave penetrara en el estuario, pues podía ser de la flotilla de mi padre, o cualquier otra que trajera noticias suyas. Si veía que alguna pasaba la barra, me faltaba tiempo para bajar al puerto, donde era muy conocido entre la gente marinera. Muchos me saludaban y otros me animaban con sus palabras:

—Coraje, muchacho; pronto regresarán aquellos valientes. ¡Pues no faltaba más!...

Pero de las muchas naves que recalaron en Palos en aquellos meses, sólo una, allá por el mes de septiembre, pudo dar razón de los expedicionarios. Era portuguesa; comerciaba con la isla de Madeira, y a veces bajaba hasta las Canarias. Últimamente había visitado precisamente aquel archipiélago, y en la más occidental de las islas, llamada Gomera, había coincidido con la Niña y la Santa María, ocupadas en hacer la aguada y en reponer leña mientras



esperaban a la Pinta, la cual, por una grave avería en el timón, había tenido que fondear en Gran Canaria.

El capitán de la nao portuguesa era ya de edad madura; y muy afable en su trato y en su forma de ser. Por lo visto conocía de antaño a mi padre, pues bastante tiempo atrás había pasado largas temporadas en Porto Santo, donde yo había nacido. Y de sus labios escuché otra vez la historia de aquel misterioso naufrago Alonso Sánchez de Huelva, historia sobre la que mi padre siempre rehuyó darme explicaciones.

—Aquel desgraciado llegó exhausto a la isla, donde murió a los pocos días. Tu padre debió de hablar con él. Quizás obtuvo algunas noticias de aquellas tierras desconocidas que hay en el camino de las Indias, y de cuya existencia todos los marinos estamos convencidos. En fin; pese a que la mar es muy traidora y peligrosa, si Dios les depara ayuda, las naves volverán y traerán nuevas importantes.

Las palabras de aquel viejo lobo de mar me levantaron el ánimo, y también consolaron mucho a las familias de los expedicionarios.

Y así pasó el otoño, y pasó también el invierno —suave por aquellas latitudes— y los días comenzaron a alargarse.

¿Quién avisó que llegaban las naves? Ya no lo sé. Tampoco me acuerdo de cómo bajé al puerto, con el corazón que se me quería salir del pecho. No había duda: la harto conocida silueta de una de las carabelas atravesaba la barra de Saltés, ayudada por la marea montante... Era la Niña, pero sólo ella. ¿Dónde estaban las otras dos? ¿Qué había sucedido?

Los vecinos de Palos se agolpaban ansiosos en la ribera. En sus rostros se reflejaban la alegría y el temor.

Algunas horas después yo me arrojaba en brazos de mi padre, que, una vez anclada la nave, fue uno de los primeros en saltar a tierra. Y mis ojos velados por las lágrimas distinguieron tras él a Juan de la Cosa, a Vicente Yáñez; y a Rodrigo de Triana, que pasó junto a mí sin ni siquiera mirarme; y enseguida a Daniel, que me saludó alborozado. Después descendieron unos hombres desconocidos, de tez cobriza y ojos oblicuos, y curiosamente vestidos con túnicas de vivos colores. La mayoría ostentaban aretes en las orejas. Así pues, el camino de las Indias había sido hallado, y aquellos extraños seres, de raza distinta de la nuestra, debían de proceder de allí.

La gente se arremolinaba alrededor de los recién llegados, y les atosigaban a preguntas.

—¿Por qué habéis regresado solos? ¿Dónde están los otros? ¿Qué islas habéis descubierto? ¿Dónde está Martín Alonso?

Vicente Yáñez, algo más sereno, consiguió finalmente hacerse oír.

La Santa María había encallado en aquellas lejanas tierras, y habían tenido que desguazarla. Con sus restos se había construido un fuerte donde habían quedado cuarenta y nueve voluntarios, en espera de ser recogidos más adelante. En cuanto a la Pinta, juntos habían hecho en parte el viaje de regreso, hasta que una tempestad les había separado. Ahora sólo cabía esperar en Dios y en la pericia de Martín Alonso, que, aunque con retraso, aún podría presentarse cualquier día.

Cerca de nosotros, una mujer cayó redonda al suelo. Era la esposa de Martín Alonso, que se había desmayado.

Mi padre y Daniel se aposentaron en La Rábida. Mi amigo quedó encargado de cuidar de aquel grupo de seres extraños, los aborígenes de las tierras descubiertas, destinados como regalo a Sus Altezas. Hablaban ellos en su algarabía, y como no entendían nuestro idioma, sólo nos quedaba el comunicarnos por señas.

Ya en el convento, pude percibir el macilento aspecto de mi padre, sus mejillas hundidas y su cabello ya blanco del todo. También Daniel andaba flaco y ojeroso.

Apenas instalados, mi padre pidió recado de escribir, y en poco tiempo redactó una larga carta dirigida a los reyes, anunciando su llegada y el feliz descubrimiento de las Indias, y rogándoles que se sirvieran recibirle en audiencia. Carta que los frailes prometieron enviar por un emisario de toda su confianza a Barcelona, sede actual de Sus Altezas.

Por lo visto, ya otra carta similar había sido enviada desde Lisboa, donde la Niña, en su azaroso viaje de regreso, había fondeado unos días; pero mi padre, siempre receloso, temía que no llegara nunca a su destino.

Algunos días después, la Pinta entraba en Palos. Pese al continuo temporal y a la rotura de un palo de su arboladura, no había perdido el rumbo, y había conseguido arribar al puerto de Bayona, en Galicia, desde el cual, tras de un corto descanso, había continuado hasta Palos, sin hacer escala en ningún puerto portugués.

Martín Alonso llegaba completamente agotado, y sus marineros tuvieron que llevarle a hombros hasta su casa, donde no tardaría en morir, sin que ni a mi padre ni a mí nos fuera dado el verle una vez más.

## XIX

**D**URANTE aquella temporada, Daniel y yo nos hicimos inseparables. No, nunca olvidaré a mi fiel y buen amigo, el que tantas veces cruzaría el océano hasta su naufragio final, cerca de La Española. Por él supe innumerables detalles de aquel osado primer viaje; él contestó a todas mis preguntas y colmó, con sus explicaciones, mi insaciable curiosidad. Mucho más tarde todos sus relatos serían confirmados por el diario de a bordo de mi padre, que tuve ocasión de leer.

Tras la parada forzosa en la isla canaria de la Gomera —de la que yo ya tenía noticia— partieron hacia poniente el nueve de septiembre. Pronto dejaron atrás la isla de Hierro y se adentraron, siempre en línea recta, en los misterios del océano.

Las aguas se mantenían tranquilas, y un viento favorable empujaba los veleros, que avanzaban a una velocidad de dos leguas y media por hora.

Durante días y días la navegación transcurrió felizmente, siempre fiel al rumbo emprendido. El aire era templado y el mar seguía en calma; cualquier signo externo era considerado como anuncio cierto de la proximidad de islas: las grandes manchas de hierbas, algunas aves, una ballena...

Pero como pasara el tiempo sin que se viera tierra alguna, la marinería comenzó a inquietarse y a murmurar. Llevaban ya catorce días sin ver más que cielo y agua, y la gente se preguntaba, alarmada, si, ya que los vientos eran tan favorables a la ida, no se mostrarían contrarios a la vuelta, impidiendo el regreso.

Los jefes de la expedición, todos expertos pilotos, también andaban algo desconcertados, pues las cartas de navegar y los cálculos del almirante parecían erróneos. El primero de octubre, cuando llevaban ya navegadas más de setenta leguas, Martín Alonso aconsejó a mi padre que torciera el rumbo hacia el sudoeste. Él aceptó la sugerencia, pues me figuro que no las tendría todas consigo, y además la marinería andaba cada vez más descontenta.

Y hubo consulta entre los tres capitanes. Martín Alonso se impuso; se negó a darse por vencido y aconsejó a mi padre que colgara de las vergas a

media docena de descontentos.

Mi padre fue siempre de carácter tenaz y obstinado, pero en aquellos momentos le ganó Martín Alonso; le recordó que habían prometido a los reyes que ni él ni ninguno de sus parientes regresarían sin descubrir nuevas tierras.

Después de aquel diálogo se restableció la disciplina.

Felizmente reaparecieron los signos de tierras próximas: palos y cañas que flotaban sobre las aguas, manojos de hierbas, bandadas de pájaros desconocidos... El once de octubre mi padre arengó a los marineros como él sabía hacerlo. Les recomendó que alabaran a Dios por una travesía tan feliz, y les comunicó su gran esperanza de que faltaran pocas horas para dar con tierra, por lo que les indicaba que estuvieran sobre aviso y que hicieran buena guardia.

Todos sabían que los reyes habían prometido una renta de diez mil maravedíes al primero que descubriera tierra.

Serían las diez de la noche de aquel mismo día, cuando mi padre creyó divisar como una lumbre en la lejanía. Pero fue en la madrugada siguiente cuando la Pinta disparó sus bombardas, señal de que se había vislumbrado tierra. Uno de sus marineros —precisamente mi amigo Rodrigo de Triana— vio brillar un banco de arena a la luz de la luna, y tras él divisó la línea oscura de la costa.

Durante las horas restantes, hasta el clarear del día, reinó en las naves grandísima agitación, que no permitió descansar a nadie.

¿Se hallarían ya ante las tierras del Gran Kan, con sus palacios dorados y sus árboles de canela?

Los primeros rayos del sol iluminaron las tierras cercanas, cubiertas de vegetación. No había palacios dorados, ni elefantes, ni grandes barcos anclados en muelles de mármol. Por las playas corrían hombres que parecían desnudos.

Mi padre, revestido con sus galas de almirante, saltó al batel de la nao capitana llevando el estandarte real, y lo mismo hicieron los Pinzones con parte de su gente. Ya sobre la arena de la playa, mi padre hizo tremolar el pendón real vitoreando a Sus Altezas, los reyes de España, y pidió luego al escribano que diera testimonio de cómo él tomaba posesión de dicha tierra, a la cual daba el nombre de San Salvador.

Los indígenas se iban acercando, entre medrosos y curiosos. Eran bien plantados, y de piel oscura; algunos de ellos iban pintarrajeados.

Y comenzaron los esfuerzos por entenderse con aquellos seres primitivos, que parecían considerar a los recién llegados como dioses surgidos de las aguas.

¡Qué bien descansaron aquella noche los expedicionarios en las carabelas ya fondeadas y debidamente ancladas! A la mañana siguiente se vieron rodeados por una serie de canoas hechas de troncos huecos —algunas muy largas, otras más reducidas—, que los indígenas manejaban con suma destreza, sirviéndose de unas palas.

Aquellos seres venían en son de paz. Para demostrarlo, traían sus regalos: ovillos de algodón hilado, pájaros multicolores, collares fabricados con dientes de pescado; y aceptaban con alegría infantil los presentes de los recién llegados: cuentas de vidrio de colores, cascabeles y otras nimiedades.

Con el batel de la Santa María y otras dos embarcaciones, mi padre y algunos tripulantes fueron costearo en dirección noroeste, con la esperanza de encontrar algún poblado importante; pero salvo algunas chozas muy pobres, perdidas en la hojarasca, no vieron nada de particular. Aquello no podía ser Cipango, que aún debía de caer lejos. Decidieron hacerse nuevamente a la mar.

Durante catorce días navegaron entre numerosas islas. Desembarcaron en algunas, que bautizaron con nombres diversos. Todas ellas se parecían.



Cuenta mi padre en su diario cómo se extasiaba ante aquella naturaleza tropical: aquellos ríos profundos de aguas claras y purísimas, las altas y esbeltas palmeras, las flores y las frutas, y tantas avecillas que embriagaban los sentidos con su canto, y las mariposas multicolores y los peces extraños. Yo, que llevo viviendo aquí tantos años, qué bien lo comprendo...

Los indígenas eran todos muy pobres, y pobrísimas sus ofrendas: siempre los ovillos de algodón, y los pájaros exóticos y escandalosos con los que llenaron las bodegas de las naves. Se requería mucha imaginación para suponerlos súbditos de los poderosos reinos asiáticos. El oro no aparecía por ninguna parte, salvo algunas delgadas láminas que llevaban colgadas al cuello o de la nariz, y cuyo origen no acertaban a explicar, pues todo era hacer aspavientos y señalar hacia una determinada dirección, donde debía de existir algún país que ellos llamaban Cuba —a lo mejor el anhelado Cipango—.

Allí arribaron, entre lluvias torrenciales, sin encontrar nada de particular. Tampoco aquello debía de ser Cipango, sino más bien un cabo de Asia, alguna punta avanzada de la China. Aunque a lo mejor las grandes ciudades descritas por Marco Polo no estarían demasiado lejos.

Nuevos cambios de impresiones entre los pilotos inclinaron los ánimos a suponer que se hallaban en el oriente del Asia, en las fabulosas Indias, y por eso a los mansos e inocentes pobladores de tal paraíso se les denominó indios.

Vivían todos ellos de la pesca; poseían aparejos y redes, y habitaban en chozas de techo cónico, hechas con ramas de palma.

Pero, según transcurrían los días, crecía la desorientación, por la imposibilidad de entenderse con los nativos, los cuales, con su vaga y confusa mímica, no conseguían aclarar nada.

Entonces mi padre decidió enviar una embajada hacia el interior del país, donde, por lo visto, habitaba un gran jefe. Eligió para ello a Luis Torres, judío, intérprete de la expedición, que conocía varios idiomas.

Le proveyó de guías indios, armas y víveres, y le concedió un plazo de seis días para dar con aquel cacique desconocido, que bien podría ser el Gran Kan en persona. Debería entregarle una carta de Sus Altezas, redactada en latín, que acreditaba a mi padre como enviado de allende el océano.

Entretanto vararon las naves para limpiarlas y calafatearlas; rascaron sus tablas y las cubrieron de ardiente betún.

A los cuatro días ya estaban de vuelta los expedicionarios, sin haber dado con ningún rey ni personaje principal. Sólo habían alcanzado un poblado algo más grande que los costeros, donde les habían recibido y tratado como a enviados del cielo... Pero tampoco allí parecían conocer el oro ni las

especias; si acaso, dieron a entender por señas que todo aquello podrían hallarlo mucho más lejos, hacia el sudoeste.

Entonces, mi padre ya no dudó en levar anclas y navegar hacia aquella otra isla o tierra que los indígenas llamaban Caribe o Bobaque, al parecer habitada por seres que comían carne humana.

Y así también la dicha Cuba —que habían bautizado con el nombre de Juana— fue abandonada. Dejaron allí una gran cruz de madera y se llevaron toda una familia nativa: una pareja adulta con sus tres hijos.

El miércoles, tres de noviembre, las tres carabelas se alejaron de las costas de Juana y se dirigieron hacia el sudeste en busca de la famosa Bobaque o Caribe, donde debía de abundar el oro.

Al cabo de tres días, el mar se embraveció y mi padre decidió regresar a Juana. La Niña, que iba cerca, regresó también; pero no la Pinta, que por ser más velera se había adelantado, y siguió su camino hasta perderse en lontananza.

Bastantes días estuvieron separadas las naves, y esto hizo que mi padre concibiera serias sospechas sobre la conducta de Martín Alonso, al cual suponía capaz de regresar a España por su cuenta.

Yo siempre quise bien a Martín Alonso, y los relatos de Daniel, que había navegado a sus órdenes y que le adoraba, no hacían más que aumentar mi afecto hacia el gran marino. Por qué entre él y mi padre se levantaron muros de recelo y desconfianza, nunca he llegado a explicármelo, pues en aquella gesta ambos pusieron su esfuerzo y lo mejor de su ser.

La nueva tierra alcanzada tras capear el temporal recibió el nombre de La Española. Tras sus altísimas montañas costeras se extendían campiñas y valles feraces que recordaban a la patria lejana. Y una vez más disfrutaron de aquellas paradisíacas comarcas, e intentaron ganarse la confianza de los indígenas, que, huidizos al principio, acabaron por acudir al reclamo de tantos regalos como repartían aquellos seres de rostros pálidos, y amigos de los dioses.

El rey era muy joven. Le trajeron en hombros hasta la nao capitana donde fue muy obsequiado. Un viejo hechicero que le acompañaba mencionó otra tierra, aún más lejana, de nombre así como Cibao.

Se corrió entre la tripulación una curiosa noticia, y fue que, años antes, otros hombres blancos, también hijos del cielo, habían arribado a aquellas costas, aunque sólo permanecieron escasos días. Así lo explicaban los indígenas con su mímica, pero mi padre lo tuvo por patraña.



Y las dos naves siguieron costear el litoral hasta fondear en un puerto, al cual se dio el nombre de Santo Tomás por haber sido descubierto el día de tal santo.

Los indígenas parecían más sociables que en el resto de las islas recorridas. Se acercaban confiadamente a las carabelas para ofrecer sus presentes; entre ellos, una carátula de oro muy bien labrada, pues habían entendido lo que aquel metal significaba para los nuestros.

También les visitó otro reyezuelo, llamado Guacanagari, el cual les colmó de atenciones y regalos.

En la Nochebuena —adormecida la vigilancia por la nostalgia de la patria lejana, o quizá por una excesiva confianza en aquellas aguas mansas y transparentes—, la Santa María encalló en unos bajíos. Se dio la voz de alarma, y Juan de la Cosa y otros marineros remaron rápidamente en busca de la Niña, pero ni Vicente Yáñez ni ningún otro pudieron hacer nada por la nao capitana, totalmente aprisionada entre rocas y arena.

Se mandó recado al reyezuelo indio Guacanagari; éste acudió enseguida con canoas y una gran cantidad de gente, y ayudaron a trasladar a tierra todos los efectos de la nave encallada: muebles, cordajes, remos, anclas y demás útiles náuticos.

Tanto los indígenas como su rey parecían muy apenados por el percance; renovaron sus ofrecimientos de hospitalidad y trajeron más piezas de oro como obsequio. Mi padre, convencido de que era la mejor gente de la tierra, convidó al jefe indio a comer en la Niña, adonde se había trasladado con todo su equipaje, y además le regaló una camisa suya y unos guantes.

Guacanagari seguía prometiendo por señas el oro y el moro, y explicando su temor a ciertas tribus vecinas, los caribes, hábiles tiradores de flechas y, al parecer, amantes de la carne humana. Mi padre le aseguró su protección y la de los poderosos reyes de España.

Finalmente, mi padre llegó a pensar que el percance de la Santa María había sido una gran ventura: estaba convencido de que si Nuestro Señor le había hecho encallar allí, era para que hiciese asiento en dicho lugar.

El navío, comido por la carcoma, fue desguazado; su madera se aprovechó para construir un fuerte, una torre rodeada por un foso y una empalizada.

Pasaba el tiempo y urgía regresar a España.

Como en la Niña no cabían todos, se pidieron voluntarios para permanecer en aquella improvisada fortaleza; se les vendría a recoger más adelante. Hasta cuarenta y nueve se presentaron, convencidos de que al

permanecer entre gente tan mansa y afectuosa y con un clima tan privilegiado, se las iban a pasar muy felices.

Al fuerte se le dio el nombre de la Navidad; se lo proveyó de víveres, simientes y armas, y se dejó en él toda la mercadería dedicada al trueque. También quedaría allí el batel, para futuras exploraciones y correrías.

Unos indios trajeron la noticia de que otra nave, parecida a la encallada, estaba anclada en la desembocadura de un río, a varias leguas de distancia. Sin duda se trataba de la Pinta. Pero la canoa que se envió en su busca no dio con ella.

La construcción del fuerte avanzaba rápidamente, y mi padre se dispuso a partir en la Niña. Como jefe de los que quedaban en tierra designó a Pedro de Arana, el hermano de Beatriz. Con él permanecerían todos los menestrales de la Santa María: el carpintero, el tonelero, el maestro bombardero. También el barbero y el cirujano.

## XX

**E**L dos de enero, al año justo de la rendición de Granada, mi padre se instaló en la Niña, decidido a partir cuanto antes, pese a las protestas de Guacanagari, al parecer muy pesaroso. Y el cuatro de enero la carabela levantó anclas y se alejó lentamente de aquellas hospitalarias costas, entre el griterío y los últimos saludos de los que quedaban en tierra, bien ajenos a lo que les deparaba el destino.

A bordo de la Niña sólo viajaban siete indios, pues de los muchos capturados para llevarlos a España, la mayoría habían conseguido escapar.

Dos días después dieron con la Pinta, que navegaba viento en popa. Ambas naves fondearon en un lugar seguro. Pasó Martín Alonso a la Niña, y quedó explicado todo el malentendido que los había tenido separados durante tanto tiempo.

Una vez más, mi padre había errado en sus recelos.

También la Pinta había navegado alrededor de aquellas costas y efectuado algunos desembarcos en varias calas protegidas de los vientos... Pero, si bien habían obtenido algún oro, sus descubrimientos habían sido escasos. Opinaba Martín Alonso, con realismo, que sin duda habían alcanzado una extensa isla montañosa y feraz, aunque habitada por gentes pobres y perezosas y carentes de toda iniciativa; pero que bien lejos debían de estar aún del imperio del Gran Kan, y más aún de Cipango, y que había que seguir buscándolos en posteriores expediciones.

El capitán de la Pinta lamentó mucho la pérdida de la Santa María, y se mostró abiertamente disconforme con que se hubiera abandonado a aquellos cuarenta y nueve tripulantes en el Fuerte de Navidad. De poco les podían servir sus bombardas y su pólvora, rodeados como estaban de seres primitivos y poco de fiar, solos en un país lleno de misterios. ¿Y si cualquier día a aquellos feroces y temidos caribes les daba por atacar el fuerte?

Desgraciadamente, una vez más Martín Alonso iba a tener razón.

Las dos carabelas fueron cargadas de agua y leña, y se las calafateó un poco, pues ambas se hallaban en bastante mal estado, carcomidos sus tablones

y con vías de agua.

La víspera de emprender el viaje, mi padre y Martín Alonso se vieron por última vez.

Daniel, ocupado en la cámara de la Niña, fue testigo de aquella entrevista, y más tarde me contó lo que en ella habían hablado.

Ambos marinos, inclinados sobre la carta de navegar, discutieron ásperamente sobre la ruta que se debía seguir.

—Habría que poner proa al norte —afirmó mi padre con autoridad.

—¿Cómo es eso, señor? —protestó Martín Alonso—. Lo natural es regresar por donde vinimos, o sea por el noroeste, puesto que es ruta ya conocida.

—Os digo que habéis de gobernar al norte, donde encontraremos buenos vientos —insistió mi padre de mal talante, pues siempre fue enemigo de contradicciones—. Sé bien lo que me digo y basta.

—Por vida de... Don Cristóbal, o sois muy terco o sabéis algo que ignoramos los demás. Por ventura, ¿llegasteis a conocer a alguno de los expedicionarios de los que se tiene memoria en estas islas, y de los que se ha hablado también en nuestros puertos andaluces? Decid lo que sepáis, señor; yo nunca fui amigo de misterios.

Ambos se separaron reñidos, sin que mi padre soltara nada sobre su secreto ni sobre los conocimientos que en alguna época de su vida alguien debió de transmitirle. Y otra vez recordé aquel misterioso arcón de Lisboa, involuntario causante del primer duro castigo de mi infancia.

## XXI

**E**L dieciséis de enero partieron ambas naves hacia el norte, y avanzaron con buen tiempo y mar llana durante varias semanas. Pero tan feliz navegación se cortó el doce de febrero, pues desde aquel día no cesaron ni la tormenta ni el viento huracanado. Un mar embravecido les presentó de golpe su peor aspecto, con olas altísimas, que al estrellarse contra los cascos de las naves amenazaban con deshacerlas.

El temporal fue arreciando, y la Pinta, con un mástil roto, no tardó en desaparecer en la oscuridad. Los de la Niña quedaron convencidos de que había sido tragada por las aguas. También ellos creyeron llegada su última hora. Mi padre hizo entonces el voto de que, si salvaba la vida, peregrinaría hasta el monasterio de Guadalupe; promesa que él bien cumplió, pues siempre fue buen cristiano y respetuoso de las cosas de Dios.

Para colmo, la Niña no llevaba lastre alguno, lo que la convertía aún más en débil cascarón y juguete de las olas.

El fogón y otros bastimentos habían sido barridos de cubierta; pero ¿quién pensaba ya en alimentarse!...

Los pocos marineros que aún permanecían serenos, no cesaban de achicar el agua que invadía la bodega, donde los pobres indios se acurrucaban embrutecidos.

Yo, que posteriormente tantas veces cruzaría el océano conociendo bonanzas y tempestades, juzgo cuál sería el estado de ánimo de mi padre en aquellas dramáticas circunstancias, vencedor por un lado y casi vencido por otro. ¿Era que todos sus esfuerzos iban a quedar sepultados en la mar?

Al día siguiente el cielo se aclaró un poco, y se divisó en lontananza una oscura línea costera. Tres días después alcanzaron aquella tierra. Era la isla de Santa María, perteneciente al archipiélago de las Azores, y, por lo tanto, a Portugal. Allí ancló la desmantelada nave, y se envió a tierra una barca.

Sus tripulantes fueron apresados por soldados del gobernador, que les había tomado por piratas. Al aclararse el enredo se les puso en libertad, y mi

padre obtuvo el permiso de proveerse de leña y lastre, y de hacerse de nuevo a la mar.

El temporal había amainado, pero seguían los vientos contrarios; sólo tras ocho días de azarosa navegación la maltrecha Pinta avistó la roca de Cintra, junto a la entrada del río de Lisboa.

Harto curiosas son las vueltas del destino. Quién iba a decir a mi padre, que ocho años antes había salido de aquella opulenta ciudad fugitivo y casi un mendigo, que volvería a pisarla como descubridor de nuevas tierras y Almirante de la Mar Océana.

Gracias a sus buenas relaciones en Lisboa, consiguió una audiencia con el rey don Juan, el cual le invitó a que le visitara con sus indios, y le agasajó y felicitó en su palacio campestre. Así tampoco tuvo dificultad alguna para continuar su viaje a Palos.

## XXII

**L**A noticia de la muerte de Martín Alonso corrió como un reguero de pólvora, y fue Daniel, consternado, quien la comunicó a La Rábida, donde mi padre, al enterarse, se recogió por breves instantes en la capilla.

Múltiples desavenencias habían tenido lugar entre ambos marinos, pero ¿qué significaba todo aquello ante la muerte!

Mi padre, siempre en espera de noticias de la corte, y ocupado en redactar el informe del viaje para entregárselo a Sus Altezas, bajaba poco al pueblo. Tampoco recibía visitas. Un día, Daniel me confió que en Palos no se le quería bien, y que muchos marineros de los que habían viajado con él andaban descontentos y murmuraban, acusándole de no haber cumplido sus promesas.

Yo creo que él, en aquellos días, no tenía otra idea que la de ser recibido por los reyes, y dejaba todo lo otro para más adelante.

Daniel y yo sí que bajábamos con frecuencia al puerto, encargados de múltiples comisiones, y allí me encontré con Rodrigo de Triana. No le había visto desde el día del desembarco, y le creía ya licenciado. Pasó a nuestro lado escupiendo con desprecio y farfullando furioso.

—Sois todos unos perros judíos a los que quiero perder de vista cuanto antes. Mañana me voy al África, a tierra de moros, que son los míos y mucho mejores que vosotros, traidores, felones...

Mucho me dolió la actitud del que había sido mi amigo, aunque las explicaciones de Daniel me ayudaron a comprenderla en parte.

Fue Rodrigo el que, en la madrugada del doce de octubre, y desde la Pinta, donde cumplía su turno de guardia, había dado la voz de tierra. Pero nunca se le entregó la recompensa ofrecida.

Y llegó la anhelada respuesta de los reyes: invitaban a mi padre a reunirse con ellos en la ciudad de Barcelona, donde entonces moraban.

Junto con la carta venían órdenes concretas para el concejo de la villa de Palos: que apoyara al almirante en la organización de su viaje, pues los reyes

se hallaban impacientes por tenerlo a su lado para escuchar de sus labios todo lo sucedido durante aquella aventura.

Siguieron días de febriles preparativos, ya que montar una expedición del tal envergadura no era cosa fácil.

Mi padre viajaría esta vez muy acompañado: varios tripulantes de la Niña, algunos vecinos de Palos, y los indios traídos de La Española. Éstos, lejos de su patria, languidecían a ojos vistas, y su salud inspiraba serios temores. Pese a lo suave de las temperaturas, y aunque se les había vestido a nuestra usanza, los infelices tenían frío y tosían mucho; preocupaban al físico Garci Fernández, que, siempre fiel a mi padre, también se decidió a acompañarnos.

El que se dispusiera que Daniel y yo fuéramos de la partida me hizo profundamente feliz.

Se compraron las caballerías necesarias, con sus arreos. Casi todos los expedicionarios irían montados, pues se trataba de un viaje largo. Se destinó una reata de recias mulas para que cargaran con los voluminosos equipajes, entre ellos la gran cantidad de aves exóticas que iban a ser regaladas a Sus Altezas.

A todos nos entregaron ropas nuevas, capas y borceguíes.





## XXIII

**A**BANDONAMOS Palos a finales de marzo, y llegamos a Sevilla sin novedad. Allí paramos algunos días, pues a mi padre le quedaban ciertos asuntos por resolver. Además, uno de los indios había caído gravemente enfermo, y todos tenían interés en que el ya reducido grupo de nativos no quedara aún más mermado.

Mi padre y yo fuimos invitados a aposentarnos en el palacio de Medinaceli, donde don Luis, el duque, nos recibió con extrema cordialidad y se interesó por el viaje, del que quiso conocer hasta los más mínimos detalles.

Mucho me apenó la confirmación de la reciente muerte del marqués de Cádiz, mi ídolo, rumor que ya había llegado a La Rábida, pero que yo me había resistido a creer. Una traidora enfermedad, contraída durante la campaña, le había llevado al sepulcro. Toda Sevilla le lloró y su entierro fue de una magnificencia nunca vista.

Como mi padre andaba todo el día ocupado en recibir y saludar a tanto personaje, yo obtuve su permiso para ir en busca de mis tíos.

Habían pasado años desde mis correrías por las estrechas y bulliciosas calles de la ciudad, pero aún supe acertar con la plazuela recoleta donde tanto había jugado. Por suerte mis tíos aún seguían allí, y fue mi tía Violante la que me abrió la puerta. La pobre retrocedió espantada ante tan inesperada visita, pero, pese a que yo había dejado de ser un niño, me reconoció enseguida.

—Diego, hijo mío, ¿eres tú?... Pero cuánto has crecido... Ya todo un mozo... ¡Miguel, Miguel, mira quién ha venido a vernos!

Salió mi tío Miguel, me abrazó igualmente, y ambos me empujaron al interior de su modesta vivienda.

Sentados en el patinillo, bajo el emparrado, todo eran preguntas y un continuo revivir de recuerdos.

—¿Sabes?... Aquel gato negro que tú tanto querías murió de viejo, y ahora no tenemos ninguno.

—Y Tomás y Frasquito, aquellos amigos tuyos, de la piel de Barrabás, ya son mozos hechos y derechos, pero se han ido a vivir al otro lado del río.

—¡Y el barbero, al que leíamos las cartas de tu padre!... Él siempre le defendía, y bien que tuvo razón. ¡Cómo se alegraría de verte! Pero hace años que cerró la barbería. Casi todos los vecinos son nuevos, y a veces nos encontramos algo solos.

Pasé un buen rato en su compañía. Les insté a que me acompañaran a ver a mi padre, pero se negaron rotundamente.

—Tu padre es ahora un gran señor, que trata con reyes y con duques. Qué haríamos nosotros allí más que incordiar... Y la gente pensaría que íbamos a pedir mercedes. Nos basta con la alegría de que te hayas acordado de nosotros.

Les dejé con pena, aunque maravillado de su cordura y su dignidad. Realmente, los años no habían pasado en balde para ellos: se advertían en las arrugas, las canas y los pequeños achaques. Pero parecían defenderse bien y no estar faltos de nada.

Los indios habían sido acomodados en el convento de la Magdalena, que era de los padres dominicos. Daniel se encargaba de cuidarles. El enfermo descansaba en una celda interior, sobre una limpia yacija. Parecía bastante recuperado, pues el físico Garci Fernández pasaba a verle dos veces al día, y todas las pócimas y medicinas que él recetaba se le administraban puntualmente.

Me fijé en un joven novicio que parecía interesarse especialmente por todos ellos.

—Les tiene muchísima lástima —me contó Daniel—, y dice que nunca debían haberles arrancado de sus tierras y hogares, y que es muy duro andar por el mundo entre extraños a los que no se entiende y sin ser entendido por ellos.

Hablé yo también con aquel mancebo, el cual me dijo llamarse Bartolomé de las Casas. Aspiraba a estudiar y a ordenarse sacerdote, pero desde que había visto a aquellos desgraciados soñaba con pasar más adelante a Indias, para evangelizar a sus habitantes e impedir que se cometieran perrerías con ellos.

También hicimos un alto en Córdoba.

El concejo entero vino a nuestro encuentro, y nuestro lucido cortejo atravesó las calles principales entre las aclamaciones de la multitud.

Ya nadie se acordaba del hombre de la capa remendada.

Mi padre mandó recado a Beatriz, que se presentó con Hernandico, un lindo chiquillo de casi cinco años.

A Beatriz la encontré muy hermosa, pero ella se sentía a disgusto entre tanta gente principal, así que no pudimos platicar demasiado. Se mostró muy satisfecha de que su hermano y su primo se hubiesen quedado en La Española. Ambos eran ambiciosos, y allí tenían buena ocasión de medrar.

A Hernandico le encantaban los atavíos de mi padre, especialmente la gran cadena de oro que llevaba colgada al cuello. Mucho rato le tuvo él sentado sobre sus rodillas, y cuando se despidió emocionado de su hijo, prometió a Beatriz que le recomendaría a los reyes para asegurarle un porvenir.

## XXIV

**Y** continuamos adelante por caminos polvorientos, atravesando sierras y llanuras, tierras secas y baldías, carentes de agua, y otras más fértiles, donde abundaban el olivo y la viña.

Los poblados eran escasos y míseros, pero sus habitantes se arremolinaban a nuestro alrededor, asombrados por tan lujoso cortejo, y principalmente por aquellos seres extraños que parecían llegados de otro planeta, y por tanta y tan ruidosa pajarería como llevábamos en nuestra compañía. Los más extraños rumores corrían sobre nosotros; fuera por ellos o por las reales cédulas de que mi padre iba bien provisto, ni en majadas ni en castillos nos faltó acomodo decente.

Al penetrar en el reino de Aragón, nuestro viaje se hizo más lento. Eran tierras mucho más ricas y mejor cultivadas que las castellanas. Sus pueblos y villas tampoco dejaron de cumplir las leyes de la hospitalidad.

Fue en un atardecer de mediados de abril cuando avistamos Barcelona, la hermosa ciudad condal, por un lado recostada en sus montes, por otro abierta hacia el mar.

Mi padre mandó recado a las autoridades, y a unas dos leguas de la población acampamos por última vez, en espera de noticias de Sus Altezas.

Según nos explicaron, los reyes llevaban ya algún tiempo en Barcelona. Don Fernando aún convalecía de un atentado que había puesto su vida en grave peligro.

Al amanecer, un lucido grupo de caballeros vino a nuestro encuentro. Nos rogaron que reanudáramos inmediatamente la marcha, pues en Barcelona ya estaba todo previsto para recibirnos.

Y pocas horas después, nuestras cabalgaduras pisaban las calles de la ciudad y desfilaban ante ventanas y balcones engalanados, llenos de un público que nos aclamaba con entusiasmo.

Nos aposentaron en palacios cercanos a la catedral, y nos anunciaron que a la mañana siguiente seríamos recibidos por Sus Altezas.

Por mucho que viva, nunca olvidaré el aspecto que ofrecía el gran salón de recepciones, llamado del Tinell.

Nos habíamos concentrado todos en una gran plaza, en cuyo fondo unas gradas daban acceso al Tinell, perteneciente al palacio de los reyes de Aragón. Era una amplísima pieza, de cuyos arcos ojivales pendían múltiples lámparas encendidas. Grandes reposteros y motivos mudéjares ornaban sus muros. En un extremo habían instalado el trono real, bajo un dosel de brocado de oro. Hacia él se dirigió mi padre. Yo iba unos pasos más atrás.

Quiso mi padre arrodillarse ante Sus Altezas, pero no lo permitieron: el rey Fernando salió a su encuentro y, cogiéndole la mano, le hizo sentar a su vera, en un taburete, honor nunca visto hasta entonces con una persona ajena a la corte, y por añadidura extranjera.

A mi padre le sobraban prestancia y garbo para actuar en actos solemnes, y cuando, otra vez en pie, su noble y apuesta figura envuelta en rica capa carmesí, la espada de gala al cinto, comenzó el relato de sus aventuras, nadie le hubiera negado el título de Almirante de la Mar Océana. Su verbo era fácil y elocuente, y prendió en toda la concurrencia, que inmóvil y en gran silencio escuchó su florido relato.

Empezó por la salida de Palos. Siguieron las primeras dificultades en las Canarias, la navegación por el mar tenebroso, días lentos y monótonos, en que sólo la esperanza en Dios y en Su Santísima Madre les sostuvo la moral. Por fin, hierbas flotantes y algunas aves, los primeros signos de la proximidad de tierra y... loado sea Dios, la arribada a Guanacaci. Luego islas y más islas, todas de paradisíaca hermosura, y la tierra firme de Cuba o Juana, posible cabo avanzado del Asia. Pero la honra de Castilla y de sus reyes merecía mucho más, y se continuó la travesía hasta alcanzar otras costas, donde, por voluntad divina, se fundó el Fuerte de La Española. Habían quedado en él cuarenta y nueve voluntarios, a los que era necesario rescatar. Urgía, pues, fletar una nueva expedición, más numerosa y mejor equipada. Una vez alcanzada La Española, se intentaría explorarla hasta dar con los ricos yacimientos de oro, de cuya existencia él sólo traía algunas muestras.



Y ante el asombro de todos los presentes, mi padre hizo desfilar a varios pajes, que sobre almohadones de terciopelo mostraban las carátulas y las pocas piezas de oro, toscamente labrado, que había podido conseguir. También fueron desenvueltos algunos fardos de los que habíamos traído en nuestra expedición, y salió a la luz una serie de plantas desconocidas, a las que se atribuía gran poder curativo; mi padre se excusó por no poder ofrecer ninguna muestra de especiería, al no haber coincidido el viaje con los meses de su recolección. Luego les tocó el turno a las muchas aves exóticas y multicolores, atadas a pértigas; y a algunos extraños peces, conservados en sal. Y cuando, para terminar, presentó mi padre a los siete indios —descalzos, pintarrajeados y coronados de plumas— asegurando su bondad natural y su profundo deseo de ser pronto adoctrinados en la religión cristiana, vi lágrimas en los ojos de la reina, mientras don Fernando y el príncipe don Juan escuchaban absortos sin perder detalle.

También mi padre lloraba, sugestionado por sus propias palabras. Entonces, Isabel se hincó de rodillas, y lo mismo hicieron el rey, el príncipe y todos los asistentes, mientras los cantores de la capilla real, agrupados en un extremo de la estancia, entonaban el *Te Deum laudamus*.

¿Qué más me queda por contar? Que pocos días después mi padre fue confirmado por los monarcas en todos sus honores de almirante y virrey de todas las tierras descubiertas y por descubrir, sin que nadie se atreviera a discutirlo.

Las honras siguieron lloviendo sobre él; las grandes familias catalanas se lo disputaban y le invitaban a sus mansiones, donde él departía con todos con su habitual galanura.

Algún tiempo después se celebró el bautismo de los siete indios, apadrinados por los propios reyes y por el príncipe don Juan. El más principal de ellos recibió el nombre de don Fernando de Aragón. Sólo éste quedó en la corte, deseoso de aprender la lengua castellana; pero, desgraciadamente, su delicada salud le llevaría pronto al sepulcro.

Yo fui recibido personalmente por la reina, la cual me preguntó si estaba dispuesto a entrar al servicio de su hijo, junto al cual recibiría una educación esmerada. Qué más podía yo desear, sabiendo que mi padre tampoco me llevaría en su segundo viaje a las Indias.

Y nuevamente nos despedimos. Ignorábamos ambos que ya sólo una vez más nos volveríamos a encontrar en la vida, y eso, poco antes de la muerte de mi padre en Valladolid. Fue entonces cuando él, amargado y vencido, me



rogó que defendiera su nombre y su obra, tan injustamente atacada. Es lo que intento hacer en estos papeles, testimonio de su dura y heroica vida.

Ya que honrar a nuestros padres es uno de los diez mandamientos del Señor.

*ala delta*

Felicitas  
CORBELLÀ

# **MI PADRE DON CRISTÓBAL COLÓN**



Lectulandia